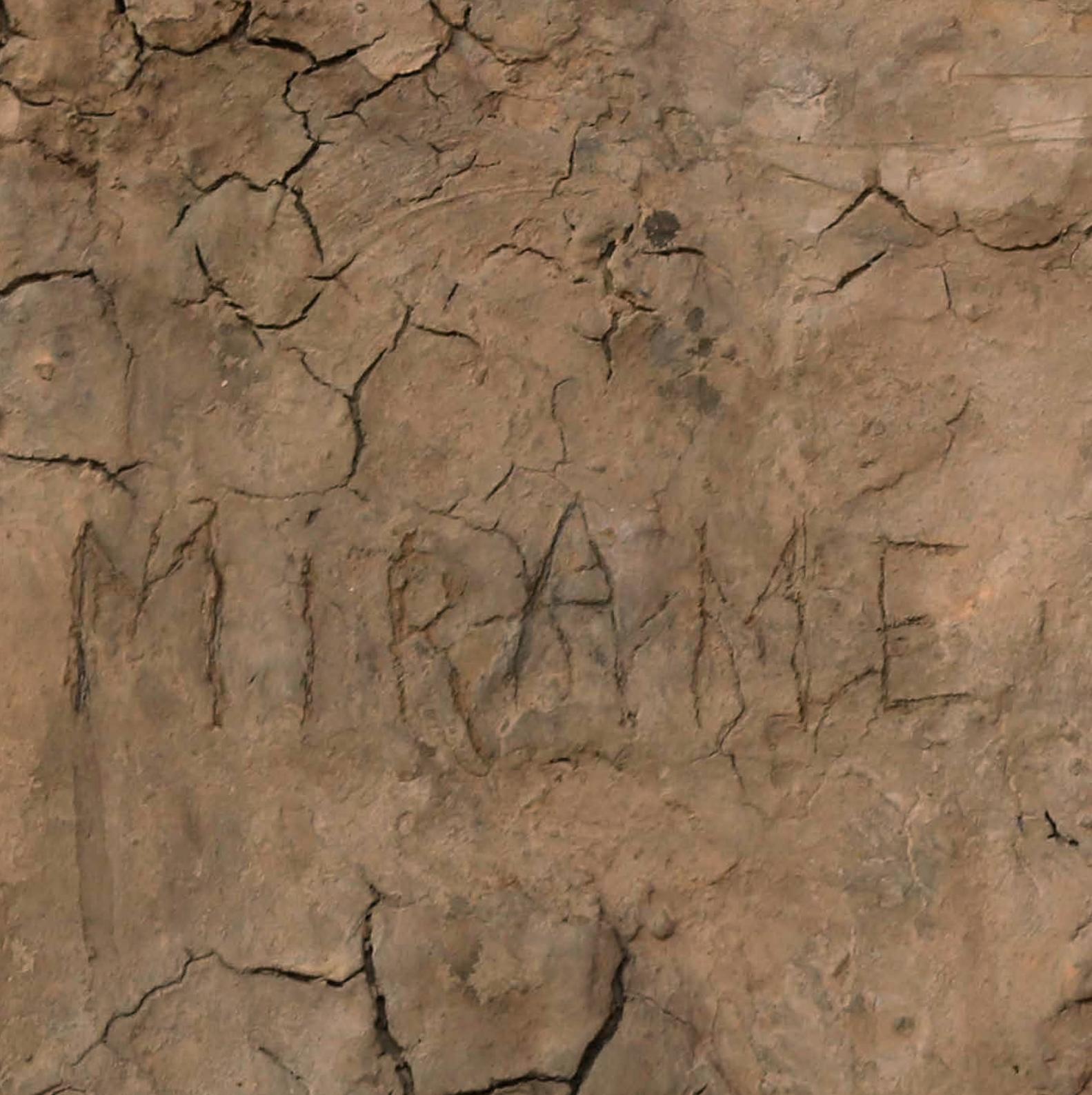


CAMOTE

> literatura + arte



número 2
diciembre 21



CAMOTE

› literatura + arte



En este número:

Juliana Almaraz | Fabiana Armendi | Ana Barros | Zeque Bracco | Darío Churruarin | Macarena Correa | Lautaro Giménez Lini | David González | Luciano Guardia | Flavia Hein | Jorge Coqui López | Julián Marocco | Etel Motta | Juan José Oppizzi | Facundo Martín Pallero | Mariana Perata | Aldana Pérez | Alexa Pettone | Anabela Prado | Adrián Quinteros | Leonel Ramallo | Sergio Andrés Ríos Aguilar | Karen Saucedo | Juan Solá | Flavio Tonelli | Susana Tosso

Edición

Emilce Acuña
Andrés Albornoz
Luciana Baca

Arte y diseño gráfico

Laura Raptis

Imagen de tapa y retiración

Jorge Coqui López

Agradecimientos

A quienes, con inmensa generosidad, nos permitieron publicar sus obras, ya que sin ellas no sería posible esta revista. Al querido Coqui López por su apoyo y confianza. A Juan Solá y Alexa Pettone, que nos recibieron cálidamente y nos proporcionaron mucho material. A la profesora Daniela Panzerra por facilitarnos el contacto con Juan Solá. Y agradecemos también a quienes difunden la revista a través de las redes sociales y nos demuestran su apoyo.

Créditos fotográficos

Págs. 10, 24, 98. Dominio público. Extraídas de: <https://www.hippopx.com/>

Págs. 32 y 38. Cortesía de Alexa Pettone.

Pág. 106. Cortesía de Andrés Albornoz.

La tipografía usada en esta revista es DejaVu. <https://dejavu-fonts.github.io/License.html>

¿Te gustaría ser parte del próximo número de Camote?

Más información en <https://camote.com.ar/participa.html>

www.camote.com.ar | info@camote.com.ar | Facebook: revistacamote | Instagram: revistacamote

© Camote, 2021. Los derechos de autor de las obras publicadas en este número pertenecen a los autores, quienes nos autorizaron a publicarlas.

Índice

Editorial.....	4
Las mariposas, de Juan José Oppizzi	10
afuera, de Macarena Correa.....	17
Pescar, de Fabiana Armendi.....	18
Poema, de Susana Tosso	24
Reina Sola, entrevista a Juan Solá.....	32
Juan por Alexa Pettone.....	38
Paz para qué, de Juliana Almaraz.....	40
En el aire, de Leonel Ramallo.....	44
Jorge Coqui López	52
Teoría y práctica, de Juan José Oppizzi	62
Cosechas de otras tierras, antología poética de Río Negro	70
Temporada de rebajas, de Flavio Tonelli.....	84
madre primeriza, de Flavia Hein	97
Poemas, de Adrián Quinteros.....	98
Encierro, de Fabiana Armendi	106
lo inevitable, de Macarena Correa	108
Hasta que se nos vaya el silencio, de Julián Marocco	114
Kisetsu: cuatro estaciones, de Facundo Martín Pallero.....	116
Biografías	122





Editorial

Una mujer va al médico con su hijo de apenas tres años. Consulta sobre la salud del nene, porque no deja de llorar y le falta el apetito. No tiene fiebre pero está más inquieto que de costumbre. El médico alza al nene, lo sienta en la camilla y le realiza los controles habituales. Luego mira a la madre y le dice: *Llévelo a una curandera. Su hijo tiene pata de cabra.*

¿Acaso ese doctor que estudió una carrera científica se volvió loco de remate? No. Al contrario. Nada hay más verdadero que el realismo mágico en el que estamos inmersos todos los días. ¿Qué otra cosa es ese *sentimiento de lo fantástico* del que habló Cortázar, esos intersticios por donde se filtra un elemento que no puede explicarse mediante la lógica ni la inteligencia? El realismo mágico no es solo un movimiento estético; el realismo mágico es parte nuestra: de esa mezcla también estamos hechos.

Muchas veces, más de las que imaginamos, pretendemos interpretar la realidad a partir de los elementos mágicos que hay en ella. Por ejemplo,

cuento usamos la misma camiseta con la que nuestro equipo salió campeón en cada uno de los partidos siguientes porque algo nos dice que esa camiseta influyó, de manera misteriosa y única, en aquel resultado. Se mezcla lo real y lo mágico cuando nos hacemos curar el mal de ojo, cuando evitamos pasar debajo de una escalera, cuando una abuela usa un centímetro para curarle el empacho a su nieto o cuando comemos ñoquis los veintinueve de cada mes, porque aunque se haya vuelto costumbre esto de los ñoquis, su origen está justo ahí, en el pensamiento mágico que nos impulsa a poner dinero debajo del plato para que la buena suerte y la prosperidad nos acompañen en la vida.

Y si se están preguntando qué tiene que ver todo esto con el camote, se sorprenderán al saber que este tubérculo, además de tener múltiples beneficios para la salud, también es usado de formas mágicas y sorprendentes.

En cuanto a sus valores nutritivos, el camote es reconocido por sus propiedades para mejorar la vista, eliminar las manchas del sol y reducir el colesterol. Ayuda al sistema circulatorio, aumenta la capacidad cognitiva e incluso es altamente recomendado en distintos tratamientos de enfermedades graves como la artritis, la anemia y la leucemia.

Ahora veamos. A nivel... esotérico -si me permiten el término- el camote puede ayudar a sanar esas relaciones amorosas que se han visto afectadas por cualquier tipo de situación. ¿No lo sabían? Nosotros tampoco,

pero circulan en las redes sociales numerosos rituales y hechizos donde el camote es el ingrediente principal. A saber:

- a. [Hechizo de amor con camote](#)**
- b. [Será fiel. Amarra su camote](#)**
- c. [Amarre de amor con camote para que solo duerma contigo](#)**

Existen pequeñas variaciones, pero el procedimiento es básicamente el mismo.

Ingredientes

- Un camote pequeño.
- Una foto tuya y una de la persona que quieras *amarra*.
- Miel.
- Una cinta roja.

Procedimiento

- 1.** Partir el camote por la mitad.
- 2.** Escribir detrás de cada foto el nombre completo de la persona y su fecha de nacimiento.
- 3.** Untar el interior del camote con un poquito de miel y poner las fotos enfrentadas en el interior del camote (cara con cara).
- 4.** Unir las dos mitades para que el camote vuelva a tener la forma que tenía en un principio.
- 5.** Amarrar el camote con la cinta roja y pedir el deseo en voz alta con

todo el corazón y mucha fe: "Estarás conmigo toda la vida y nunca me dejarás".

6. Finalmente, enterrar el camote en un macetero con tierra y cubrir con alegrías del hogar.

Recomendación: *Es importante que nadie lo vea, sobre todo tu pareja.*

Lo que no nos resultó del todo extraño fue encontrar una asociación entre el significado de la palabra camote y el amor, porque en varios países de Centroamérica y de Sudamérica suele vincularse el término a una obsesión amorosa. Dicha obsesión es más conocida con el nombre de metejón. Veamos algunos ejemplos a modo de ilustración:

El camote que tiene no lo deja ver la realidad.

Que te pongas tan cariñoso, pase. Pero tú sigues y sigues, todo el día. Qué camote, muchacho, comentó Irene.

Y si de metejón hablamos, vale decir que en Mendoza suele usarse la palabra *camote* para identificar a las personas que demuestran un amor exagerado hacia su pareja, o a las que pasan demasiado tiempo con ella, dejando a un lado a la familia, les amigues, el estudio, el trabajo o lo que fuera.

En medio de tantas otras expresiones, como *estás refranelas* o *qué pegote sos*, ser camote es estar metido hasta las muelas con alguien, es saber que has encontrado la media naranja, el otro extremo del hilo rojo, la horma de tu zapato.

Aunque se puede ser camote a cualquier edad, hay quienes dicen que este fenómeno se da solo en la etapa del enamoramiento, es decir, al comienzo de una relación, cuando los sentimientos son tan intensos que no se ve a la otra persona tal cual es. ¿Se verá un dulce camote, acaso? Porque sigue siendo un misterio cómo una verdura que de tan vista suele pasar inadvertida en cualquier mercado, esconde tantos significados ligados al amor.

Y como ya es sabido que una palabra dice una cosa pero también otras tantas, *camote* también puede referirse a una mujer o a un hombre con el que se mantiene una relación extramatrimonial.

Tenía un camote a la vuelta de su casa y su mujer no lo sabía.

Tiene más camotes que dientes.

Como vemos, de acuerdo con el lugar, el significado de la palabra se multiplica y se aleja de los otros sentidos. Es más, *camote* es casi un neologismo para los porteños, quienes solo reconocen como tubérculo comestible de sabor dulce, forma alargada y color amarillento o blanco por dentro, a la batata. Por eso nosotros defendemos el camote como un signo de identidad y de pertenencia, no solo por todos los significados que hay en la palabra *camote*, sino también por su contenido mágico.

Un gran poeta francés que solía citar Cortázar, Alfred Jarry, dijo una vez que lo que a él le interesaba verdaderamente no eran las leyes, sino las excepciones de las leyes; cuando había una excepción, para él había una realidad misteriosa y fantástica que valía la pena explorar. Forzando un

poco esa idea con el fin de dar un cierre a este editorial, podemos decir que lo más interesante del camote no son sus propiedades nutritivas ligadas al mundo culinario, sino más bien sus usos excepcionales.

CΛMOTE



Las mariposas

Juan José Oppizzi

Por qué uno ama o no ama un lugar? Es una pregunta que me ronda desde hace muchos años. Le hallé varias respuestas. Y cuando una pregunta tiene varias respuestas es porque en realidad carece de la definitiva. El eje de ese interrogante es el lugar donde nací y viví hasta ser un hombre joven. No voy a proporcionar muchos datos geográficos. Me interesa guardar el secreto para que los nuevos pobladores, los que llegaron después de los hechos terribles que me hicieron huir de allí, vivan en paz. Solo diré que es un valle de una región sureña. Posee tierras fértiles, un área boscosa y algunos lagos de cuenca cerrada. Su principal defecto son las montañas que lo rodean. Forman un borde muy alto. Dos caminos ondulantes monopolizan los vínculos con el exterior. La falta de una población urbana los mantiene fuera de cualquier prioridad modernizadora en los criterios provinciales. El asfalto es un sueño muerto.

Mis padres llegaron a ese paraje en una época de entusiasmo migratorio. La construcción de represas en la franja austral del país logró que a mucha gente de la Capital y de las grandes ciudades le viniese una fiebre pionera. Muchachos y chicas iniciaban periplos de aventura; se enamoraban de los paisajes agrestes; planeaban iniciar vidas naturales. Yo fui el producto de esa corriente. Nací en aquel valle y en aquel clima auspicioso.

Hasta donde recuerdo, mi infancia transcurrió normalmente. Ahora me río de esa palabra. Es un adverbio hipócrita, que usamos para dejar conforme a la sociedad. ¿Qué es lo *normal*? ¿Respecto de qué normas? ¿De lo mayoritario? ¿De lo admitido? ¿De lo que la cultura predominante califica de *correcto*? Lo cierto es que fui a la escuela primaria, no seguí más estudios y me dediqué a ayudar a mis padres en el trabajo: lo usual en los chicos de allí. Éramos dueños de un pedazo de tierra; criábamos ovejas. Teníamos una agradable casa de piedra y madera. Los largos inviernos nos sitiaban con la nieve de rigor. Los escuetos veranos nos abrían un placer que era, en verdad, abocarnos a lo no hecho en la estación fría y prepararnos para la siguiente invernada.

Ahora, a la distancia, veo que el primer indicio de la tragedia que sobrevendría me lo proporcionó el maestro de la escuela. Él era un hombre flacucho, espectador del mundo a través de unas lentes que parecían flotar en el aire (tal la finura del marco sostén), de voz carcomida. El último día de clases me aisló de los otros chicos y me susurró algo que en ese momento no comprendí, pero que guardé en una caja fuerte de silencio: dijo que

abandonara el valle en cuanto pudiese. En esos años, yo había empezado a darme cuenta de algunas cosas. Por ejemplo, de que la relación de mi familia con el entorno era escasa. Y no debido a nuestra falta de empeño. Papá y mamá trataban de vincularse. Yo, también. La escuela debía haber sido un lugar propicio a la camaradería entre vecinos, alumnos y padres de alumnos. Lo mismo, el almacén de ramos generales al que todos íbamos. Pero tanto mis esfuerzos como los de ellos se encontraban con una barrera de hostilidad apenas recubierta de falsa cortesía. Luego hubo señales más preocupantes: ovejas y perros inexplicablemente muertos; apedreos nocturnos a la casa; daños a la camioneta y a mi bicicleta. Papá sacó a relucir armas que había traído al mudarse y que, en piezas sueltas, guardaba desde entonces. Él llevaba una al ir a trabajar conmigo al campo, y le dejaba otra a mamá, aparte de recomendarle un estricto encierro a llave y tranca.

Éramos la única familia, entre todas las que poblaban el valle, que no tenía el arraigo ni de una generación. Las demás podían mencionar abuelos y bisabuelos apegados a esa tierra. Nosotros no imaginamos que dicha particularidad era uno de los motores de la tragedia en marcha. Cuando mi padre adquirió las hectáreas, el vendedor tal vez quebraba un viejo pacto. Por más de una centuria nunca se había radicado allí alguien ajeno al grupo de colonos primitivos. El maestro de la escuela me proporcionó el dato. A tres años de mi egreso, él abandonó el ya muy derruido salón y la ya inhabitable casita. Antes de irse para no volver (y no ser reemplazado), halló el momento y el lugar y me habló otra vez a solas. Así me enteré de que el

arribo de los primeros habitantes del valle no había sido *arribo* ni ellos *los primeros*. Un milenario asentamiento aborigen sufrió el ataque a sangre y fuego con el que lo exterminaron y le robaron el lugar. Solo quedó una leyenda, algo atribuido a las palabras agónicas de un chamán: la historia se volvería en contra de los invasores cuando llegaran una gente nueva y *las mariposas*. Mis padres y yo éramos la gente nueva. Lo de las mariposas tal vez era un adorno mítico. El maestro repitió su consejo de cuando acabé el último grado de la primaria: que abandonara el valle. Mi mayor edad lo habilitó a cambiar el “en cuanto pudiese” por un “cuanto antes”. Entendí que la ignorancia y la superstición volvían hostiles a los lugareños. Ahora sé que no abarqué el problema correctamente. Quizá, tampoco el maestro. No lo culpo ni me culpo. Los hechos excedieron cualquier estimación previa.

Pasaron varios años en los que el nivel de acoso quedó fijo en las agresiones descritas. Hasta que un día, cuando regresaba de buscar una herramienta en casa, hallé a papá muerto en el campo. Yacía boca abajo, con una tijera de esquila clavada en el pecho. Ese horror me auguró el que sobrevino a los pocos meses: mamá se rompió el cuello al perder pie en una escalera portátil. Le ocurrió limpiando su dormitorio, en horas en que yo trabajaba con los animales. Los dos casos podían haber sido fortuitos: un tropezón, una caída. Aunque el día de la muerte de papá creí escuchar alborotos de ovejas, como si hubieran andado más personas en el campo; y cuando hallé a mamá, la puerta de casa estaba sin tranca ni llave, como si alguien conocido le hubiera hecho abrir.

La lógica siniestra de lo ocurrido me ponía a mí como el siguiente blanco. Debí aterrarme, escapar. Y no fue así. Al contrario: me surgió un raro empecinamiento, una bravura insospechada. Yo era del valle y el valle era mío. Él y yo no íbamos a dejar que esa manada de bestias se interpusiera. La pregunta con la que abro este relato adquirió de allí en adelante una vigencia fundada en la imposibilidad misma de contestarla: ¿por qué uno ama o no ama un lugar? Yo tenía razones muy válidas para odiarlo: su gente me rechazaba; mis vivencias habían sido negativas. Sin embargo, recuerdo que miré por una de las ventanas de mi casa; era una mañana clara; vi los bosques, los campos, los lagos, las montañas; *me sentí bosque, campo, lago, montaña*; sentí un infinito amor por todo eso, un amor ancestral, esencial, más allá de cualquier reflexión, de cualquier experiencia. Y en ese momento vi las mariposas.

En realidad, en ese momento vi una. Estaba posada en el tronco de un árbol próximo. Con las alas plegadas, componía un triángulo de color bronce opaco. Era del tamaño de una paloma. Cuando la miré de cerca, tembló. En las alas tenía unos dibujos que no pude asociar con nada visto o conocido. Al día siguiente, muchas otras mariposas iguales a esa estaban en los árboles, en el techo de la casa, en las paredes. Por las dudas, aseguré puertas y ventanas, aunque los insectos no se movían ni buscaban entrar.

En el almacén oí a varios lugareños comentar sobre las inesperadas visitantes. A lo largo y ancho del valle, estas adornaban las más heterogéneas superficies con sus triángulos broncíneos. Los pobladores se veían llenos

de miedo, y la hostilidad hacia mí fue desbordándoles. Tuve que irme del local para eludir una agresión colectiva. A punta de arma logré llegar a la camioneta sano y salvo. No me sirvió de nada: neumáticos, vidrios y cableado rotos la hicieron inútil. Decidí correr. Hubo un amago de persecución que anulé con un balazo al aire. Me respondieron con otro que silbó junto a mi cráneo. Salí del camino. Fui a campo traviesa. Antes de llegar a casa me petrificó una escena increíble: miles de mariposas volaban. Ascendieron formando una nube inmensa y después bajaron en cascada sobre todo el valle. Entonces escuché los gritos. Un coro espeluznante de voces humanas destrozó el aire y el tiempo. Sonaba a muerte. Declinó poco a poco, hasta el silencio. Y el silencio fue más aterrador aún que las voces, porque hablaba de lo ya consumado. Las miles de mariposas volvieron a ascender y a formar la nube, pero esta vez se dirigieron a donde estaba yo. Se posaron frente a mí. Un océano de alas palpitantes dejó a la vista un océano de bocas dentadas, absurdas, de las que se desprendían hilos de sangre. Sentí que era como una ceremonia, una fórmula de gratitud por haber sido yo el *vehículo* para la consumación de un tremendo equilibrio pendiente.

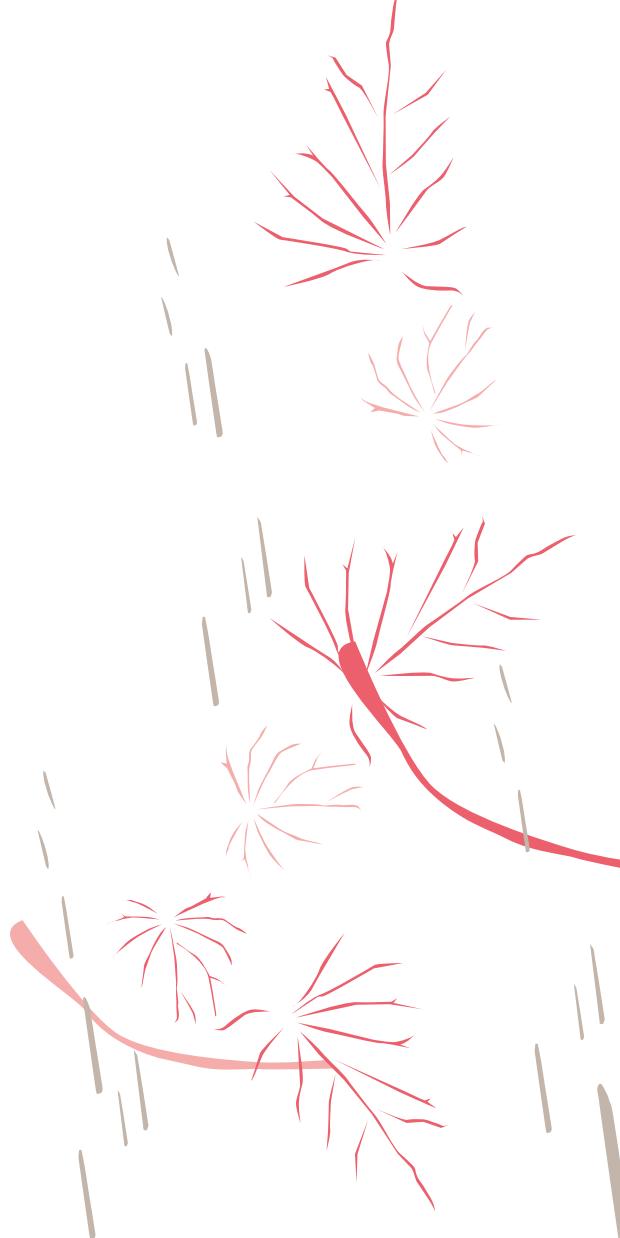
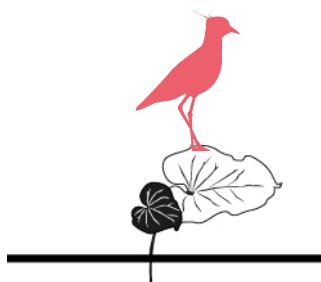
Después de eso, reanudé la carrera emprendida en el almacén. No miré atrás; no me detuve en casa; no supe qué fue de esa extraña marea de insectos aniquiladores. Me hallaron exhausto, inconsciente, lejos del valle. Por supuesto, nunca más volví.



afuera

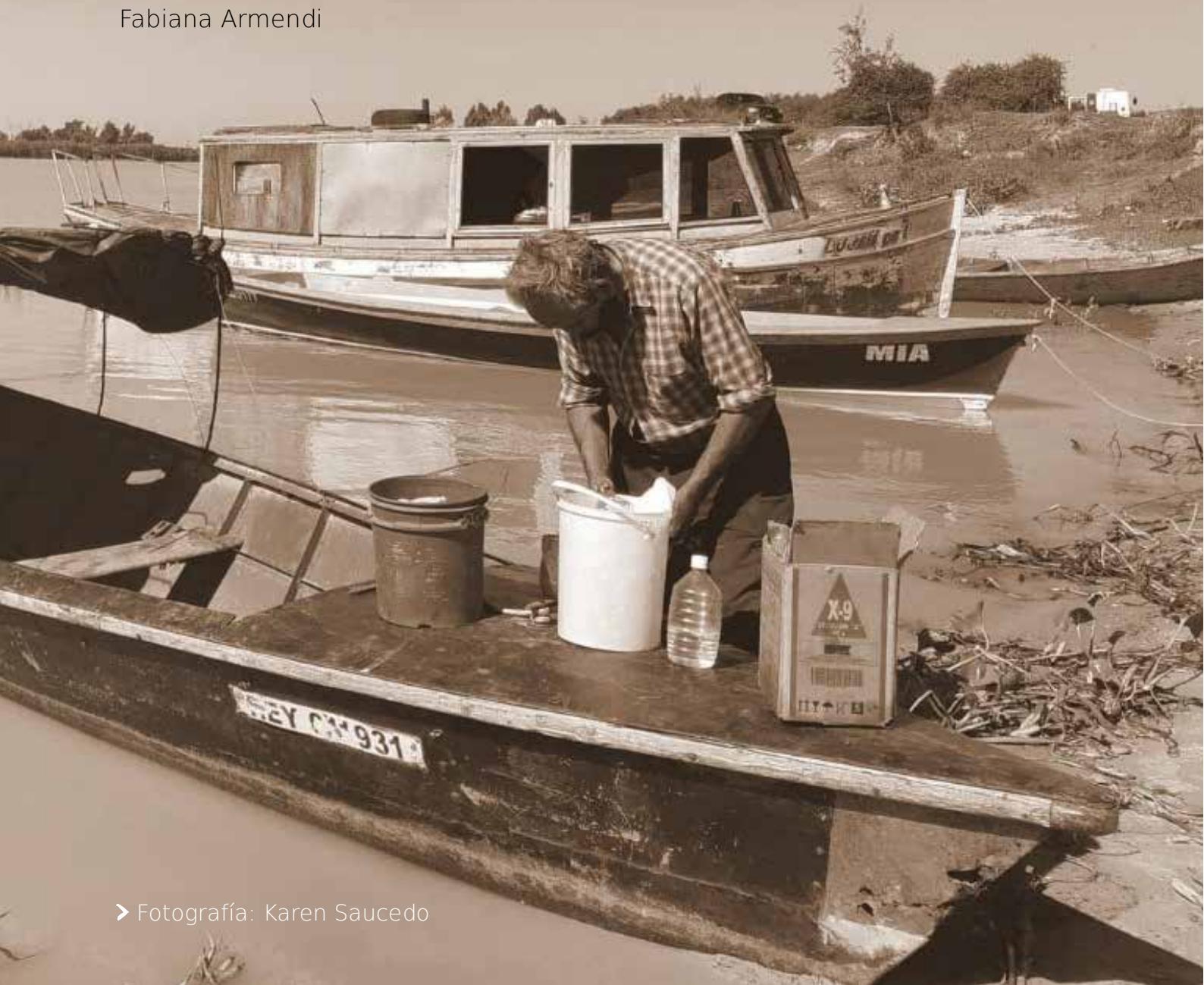
Macarena Correa

Los pájaros de mi cuadra
cantan a cualquier hora
No esperan el sol
ni los espanta la lluvia
A veces me gustaría
ser como los pájaros de mi cuadra
Pero no canto
y me espanto
Espero
y no tengo alas



Pescar

Fabiana Armendi



► Fotografía: Karen Saucedo

No había nada mejor que ir a pescar con el abuelo. Los preparativos aceleraban mi corazón y tengo el recuerdo de pasar la noche anterior despierta, siguiendo en mi mente cada paso que teníamos que dar al día siguiente, cada movimiento. El ritual comenzaba cuando sonaba el teléfono en casa y yo escuchaba su voz.

—Mañana pescamos, te espero.

Y no hacía falta nada más. Sin precisiones ni horarios exactos que cumplir. Apenas me levantaba, me vestía y esperaba que mi papá me llevara a la casa del abuelo. Porque todo comenzaba con el desayuno: café con leche y tostadas con manteca. Mientras yo comía, el abuelo tomaba mates y repasaba en voz alta el itinerario. Bajar al río, preparar las líneas de pesca, tirarlas. Armar la red acomodando el tejido para que los flotadores queden siempre arriba y las plomadas debajo.

—No es fácil —decía el abuelo—, pero con paciencia un día vas a lograr hacerlo sola.

Esa afirmación ensanchaba mi corazón. Sobre todo porque me lo decía a mí, y no a Pedro, mi primo. Él también era parte de la salida, cosa que no me agradaba demasiado. Pedro era demasiado inquieto, espantaba los peces, enredaba los hilos de las redes, hablaba a los gritos.

—Para pescar hay que cultivar el silencio —decía el abuelo.

Se ve que Pedro mucho no entendía qué era cultivar el silencio, porque el sonido agudo de su voz era estridente y constante.

Después de los preparativos de la pesca, subíamos la escalera que

estaba frente al río y recorríamos charlando las cuatro cuadras que nos separaban de la casa. Porque parte de la salida también era volver al mediodía a comer las milanesas con papas fritas de la abuela.

—Nunca recorran solos esta escalera —recordaba el abuelo—, ya les conté lo que sucede si vienen por acá a la hora de la siesta.

Pedro y yo sabíamos que había muchas posibilidades de que la historia de la mujer que había perdido a sus hijos en el río y los buscaba a la hora de la siesta cerca del agua fuera solo un invento del abuelo, pero por las dudas nunca habíamos desobedecido la orden. Porque parte de la ceremonia del día de pesca era esperar a que el abuelo durmiera su siesta.

—Un ratito —decía él—, yo descanso acá en la mecedora y cuando me despierto bajamos a revisar las líneas y las redes.

Siempre esperábamos en el fondo, comiendo ciruelas del árbol o juntando piedras para la payana, porque sabíamos que después nos quedábamos en el río hasta que entrara el sol.

Pero ese sábado fue distinto, sin darnos cuenta, mientras buscábamos cinco piedras del mismo tamaño para jugar después, nos miramos de manera cómplice. Reconozco que traté de desviar la mirada. Pedro lo advirtió y me dijo:

—Dale, si los dos sabemos que la historia de la vieja es cuento del abuelo.

—¿Y si no es así? —dije yo—. ¿Si es verdad y nos metemos en un lío?

—No seas pavota —insistió mi primo—, ya te dije que es puro cuento.

El abuelo dormía en la mecedora. Eran las dos y cuarto. Apenas traspasamos el umbral de la casa grande, volvimos a mirarnos. Y, sin decirlo, los dos sentimos que nada podría pasar en una tarde cálida de primavera. La frenada de la bici de Juancho nos sobresaltó.

—¿Adónde van los primos a la siesta? Miren que los va a correr la vieja Salvatierra —nos dijo.

—¡Qué vieja ni qué vieja! —contestó mi primo haciéndose el superado—. Esas son historias de nuestro abuelo para que no salgamos a la siesta.

—Y del mío —acotó Juancho—. No bajes la escalera al río hasta que no pase la siesta —dijo imitando la voz gruesa y áspera de su abuelo Tito.

Juancho se bajó de la bicicleta y se dispuso a caminar a la par de nosotros las cuatro cuadras que nos separaban de la escalera. El silbato del churrero nos hizo sonreír. Nada malo podía pasar en esa cálida tarde de primavera.

Cuando llegamos a la punta de la escalera nos quedamos paralizados por un instante.

—Vamos, che, cualquiera diría que tienen miedo —dijo Juancho mientras ataba la bici a la baranda. Y dándose vuelta la gorra roja que llevaba nos alentó a seguirlo:

—¡Vamos! Que a la siesta solo andan los valientes.

Seguimos a Juancho en el descenso de la escalera, confiados en su postura. Nos daba bastante tranquilidad que fuese tan desobediente de las normas de los adultos. Además era dos años mayor que nosotros. Ya

estaba en la secundaria. El primer tramo lo bajamos charlando. Pedro animaba a Juancho a meterse al río. Le decía que la tarde estaba hermosa, que no fuera miedoso.

—Ya te dije mil veces que no sé nadar —dijo Juancho levantando un poco la voz—. No seas molesto.

Pedro era especialista en usar las debilidades del otro para hacerlas motivo de burla.

—¿Quién diría? —le dijo a su amigo—. Que no se diga que al final resultás ser un mantequita.

Y soltó una carcajada burlona.

El chistido que escuchamos los tres nos paralizó. Pedro volvió a reírse más fuerte y alguien nos volvió a chistar. Sin darme vuelta empecé a bajar los escalones casi corriendo. Sentía los pasos de mi primo y de mi amigo detrás de mí, pero también escuchaba el chistido agudo. Me tropecé en los últimos escalones. Crucé hasta el río en una carrera desesperada. Necesitaba ver una cara conocida, un pescador amigo del abuelo. Me puse en cuclillas detrás del galpón grande donde el abuelo guardaba la canoa. Hice silencio, pero mi corazón latía tan fuerte que pensé que se escucharía desde lejos. No sé cuánto tiempo pasó, solamente sé que cerré los ojos, como si no ver tuviera relación con que no estuviera pasando nada.

Me sacó de ese lugar la voz de Pedro. Eran casi las cuatro.

—Vení, dale, el abuelo va a sacar las redes.

Entonces entendí todo. Nunca habíamos desobedecido. Nunca había-

mos bajado la escalera. Nunca nos habíamos encontrado con Juancho. Comprendí la expresión esa de "me volvió el alma al cuerpo" que muchas veces decían los grandes. Me cobijé cerquita del abuelo, que se disponía a arrastrar el tejido, ese que habíamos puesto a la mañana. Me sonrió, con esa sonrisa única y maravillosa. Y yo lo abracé por la espalda. Pedro estaba del otro lado, sosteniendo la punta de la red.

—Nada —dijo el abuelo—, estos días no hay nada de pique.

Pedro lanzó un resoplido de desilusión. Y yo no pude contener las lágrimas cuando vi que lo único que traía el tejido eran camalotes y una gorra con visera roja.





Poema

Susana Tosso

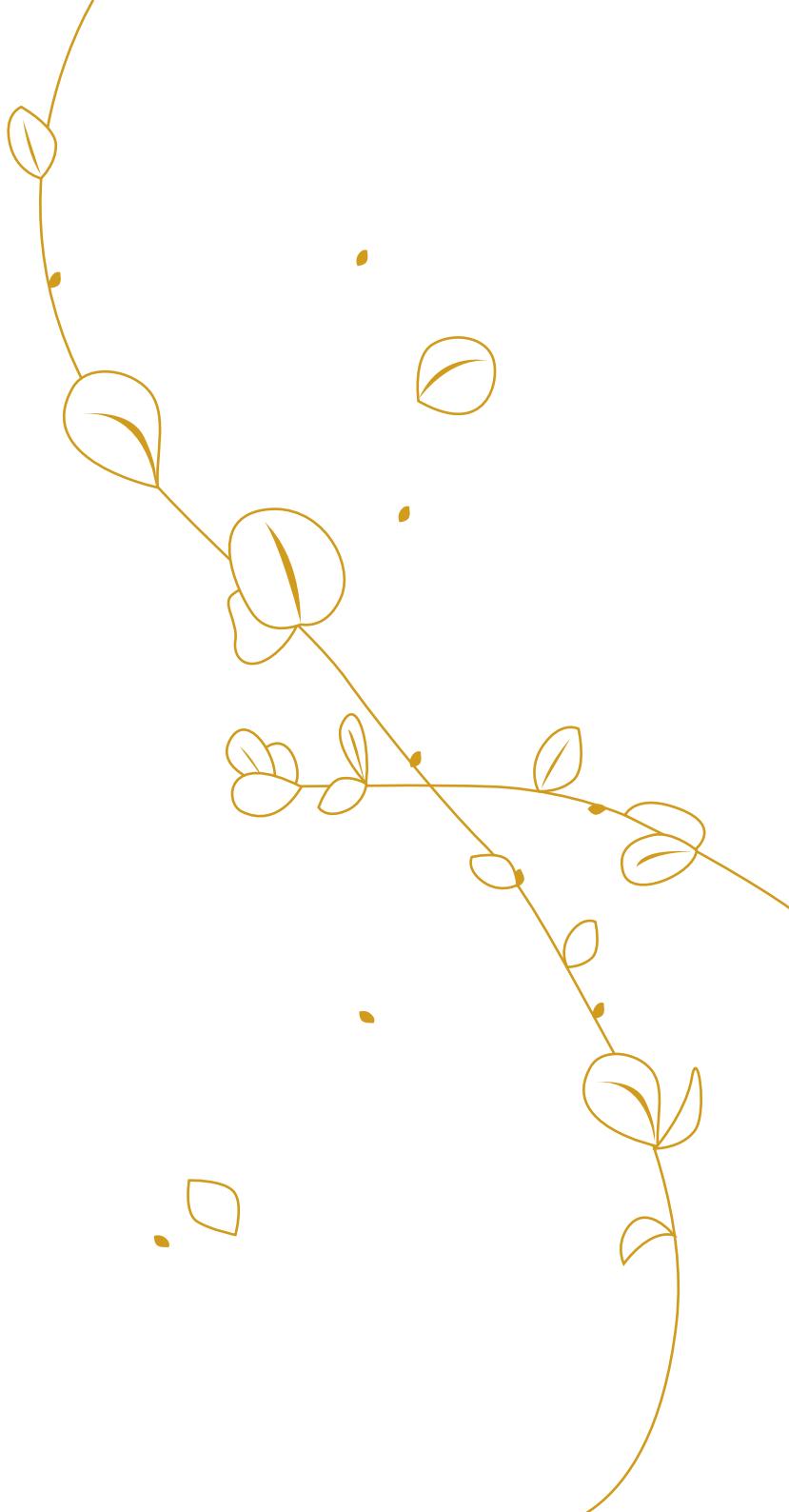
“..la belleza del mundo tan próxima a perecer, decía, tiene dos filos,
uno de risa, uno de angustia, y parte en dos el corazón.”

Virginia Woolf, *Un cuarto propio*.

Un cuarto propio

no hay flores cortadas

no existe la violencia de jarrones en el cuarto



si sostengo la hebra
llegar al cuarto lleva tiempo;
atravieso la sombra
que se acumula en la escalera

me demoro

gozo en el anhelo de existir
entre criaturas que esperan

sin reproche ni urgencia

la noche me contempla

el pudor por el cuerpo hace
que cubra lo que comienza a ser olvidable

la hebra se desmadeja

¿qué puedo desear en catorce escalones?



La ventana del cuarto mira al sudoeste

mis obsesiones se desahogan
hacia esa dirección



mis días que lo habitan tironean
hacia el lado contrario y hasta allí
como mi vida forcejea para salvarse
de la amenaza,
golpea su cola de iguana
se magulla
en este cuarto suspendido
aparente celda por su tamaño, somos dos
hoy es ella la que me consiente



A la hilandera le basta la sombra

¿recordará mientras trabaja

su inmovilidad, estremecida después

en el amor?

sabiduría en el destino del encaje

de la víctima

Dionea espera

estertores viscosos le anuncian

que la mesa está servida:

la muerte de una mosca: es la muerte



pierdo el dominio del cuarto

imagino

el sacrificio

lo escucho

impiadosamente

Junto a la mesa preparo

la música que necesito

la mirada deambula se detiene

se diría que algo

va a estallar en ese punto

escribiré la noche
seguramente
lo insoportable se amansa
con palabras

la oscuridad transcurre (no huye)

se debilita

se funde en la luz de la mañana

una vez más deslizo la mano sobre
la hoja blanca

➤ Poema del libro inédito *Hacia el cuarto propio*.

Reina Sola

Entrevista a Juan Solá

El 20 de octubre pasado, el escritor Juan Solá estuvo en la ciudad de San Pedro y dio una charla en la Escuela Secundaria 12. Luego, hablamos con él sobre poesía, política y escritores.

Comenzaste tu carrera como un niño prodigo, ¿qué recuerdos tienes de esa etapa? ¿Qué aspectos pensás que, como escritor, todavía conservás?

Lo que más recuerdo de esa etapa es cuando se descubrió que yo escribía. Lo descubrieron las docentes de la escuela y terminaron mostrándole mi trabajo a un montón de gente y fue como medio raro eso de pasar de escribir mis cuentos -que



era mi juego- a tener que mostrárselos a los demás, medio por obligación, parecía el camino lógico el de mostrar mi producción aunque, en realidad, era algo muy íntimo. A esa edad, los adultos deciden por uno. Así que me tocó llevarlo adelante. Lo que más conservo es la búsqueda del asombro y la necesidad de que eso que estoy produciendo me entreteenga, me divierta, me haga pensar, que me produzca satisfacción.

**¿Sos un escritor de provincia?
¿Creés que tu obra hubiese tenido
la misma proyección de no haber
tenido un ida y vuelta con Capital
Federal?**

El ida y vuelta con la capital fue quemarme un poco la cabeza. Yo recupero bastante el paisaje de mi territorio, pero también trato de mezclar toda mi experiencia viajera. Yo transito varios lugares y creo que de cada uno me puedo llevar algo, así que siempre estoy escribiendo de manera bastante federal y tratando de tener personajes amplios y no solo enfocados en mi región sino de todos lados. Pero es cierto que mi región atraviesa muchísimo

mi trabajo, especialmente en la novela *Naranjo en flúo*, o por ahí con la idea de *La Chaco* también.

Contame un poco sobre *Árbol Gordo*. ¿Cómo surgió la idea? ¿Qué criterios manejas a la hora de seleccionar los autores?

Árbol Gordo surge a partir de una indemnización que recibí cuando me echaron del trabajo en el que estaba. Después de 2015, cuando empecé a hacerse más conocido mi trabajo, desde este espacio quería autoeditar y editar amigues y gente conocida que por ahí tenía una necesidad de narrar desde el papel, eso me pareció importante.

“ Yo recupero bastante el paisaje de mi territorio, pero también trato de mezclar toda mi experiencia viajera. ”

Dentro de poco voy a volver a editar algo mío también en estas condiciones porque la autoedición siempre ha sido muy interesante, muy satisfactoria para mí y es un laburito que me gusta hacer. Encontrarse en la edición es algo muy especial, muy diferente a encontrarse en la escritura.

Creo que la poesía tiene un lugar especial en tu obra y en tu laburo, en general, ¿cuál es tu experiencia como director de la colección Poesía Sudversiva?

La colección surge a partir de la propuesta que le hacemos con Natalia Bericat a Sudestada de tener una colección de poesía. Me pareció sumamente importante llevar la poesía al frente de las vidrieras otra vez. La poesía está siempre relegada a los estantes inferiores de la librería. Para mí la experiencia fue sumamente conmovedora. Aprendí más de lo que di, así que creo que es un golazo. Ahora está en manos de otras compas de la colección,

también con esta idea de fomentar la construcción comunitaria del hecho artístico. Por eso me parece que está bueno que la dirección haya durado un tiempo y ya esté en otras manos.

Sé que trabajás muchísimo con los adolescentes en las escuelas; esas experiencias, ¿impactan en tu escritura? ¿De qué modo?

La experiencia adolescente es super interesante porque uno va renovando el aire, si se puede decir. Y eso siempre impacta en mi escritura especialmente desde la búsqueda de palabras y construcciones literarias que lleguen, que no se queden solamente en el libro y caigan en la mente adolescente y generen el contexto para que ese adolescente se sienta representado desde esa producción artística, se sienta escuchade.

¿Creés que política y literatura pueden ir de la mano? ¿Pensás que tu militancia, de alguna manera, pue-

de afectar la lectura que se haga de tu obra o te restrinja el acceso a ciertos ámbitos?

Literatura y política van de la mano, todo hecho literario es político, incluso aquellos hechos literarios que solo buscan entretenir creo que asumen un rol dentro de la política. Yo creo que la militancia siempre va a afectar la lectura que se haga de la producción artística de una militante. Ahora, yo no creo que eso necesariamente tenga que ser restrictivo porque, si vamos al caso, yo conozco muchos kirchneristas que leen Vargas Llosa y está todo bien. Hay gente que decide separar al artista de la obra y hay gente que no puede. Yo creo que si no separás al artista de la obra, corrés el riesgo de perderte obras increíbles. Pero también entiendo la necesidad de dejar de financiar violentes y gente chota, ¿viste?

¿Crees que la literatura argentina todavía se mueve dentro de la antinomia civilización-barbarie?

Es una pregunta compleja. Hay que ver desde dónde encararlo. Desde un punto de vista histórico, tenemos el ejemplo de Marechal que fue rescatado por Cortázar cuando todos lo dejaban de lado. Hay un mundillo selecto de autores y autoras. Yo no transo con la idea de que eso exista. Para mí, todos tienen público, todos tenemos público y la competencia entre artistas es totalmente necia. Le artista está para nutrirse, para compartirse el público, para hacer un intercambio de ideas y hacer crecer este volumen único del gran libro de la humanidad tratando de escribirse y describirse a sí misma.

¿El transfeminismo es el futuro?

¿Estamos cambiando como sociedad o estamos lejos todavía?

Yo creo que el transfeminismo es el futuro porque es una propuesta muy amplia y receptiva del género y de quiénes somos. No juzga. Creo que estamos cambiando como sociedad. La distancia varía dependiendo de cada territorio. No sé cuál

es la meta como para medir una distancia, pero creo que si la meta fuera una sociedad inclusiva, todavía nos falta bastante. Pero se está haciendo un montón, por suerte.

Tus temas y personajes están tratados de tal manera que no caés en ningún estereotipo. ¿Sos consciente de eso? ¿Cómo abordás la creación del personaje de una travesti? ¿Investigás?

La producción particular de la construcción del personaje trans fue, en parte, lo que fue la investigación previa a toda la entrevista a una comunidad amplia de personas trans, y por otro lado, también, mi propia experiencia infantil al entender que la identidad, independientemente de lo que seamos cuando creamos, tiene un punto común que es la infancia donde se empieza a organizar la experiencia humana de ese niño, de esa niña, y se le empieza a comandar una forma determinada de manejarse en la vida.

Vos sos un escritor que refleja muy bien la infancia, ¿cómo encarás la escritura de un texto infantil? ¿Hay diferencias en el abordaje de la “literatura para adultos”?

Trato de desdibujar esa idea de que hay libros para niños porque cada mente infante, o de niñez, es un mundo aparte. Cada vez estoy más convencido de que cada infancia es un mundo totalmente aparte. Por eso viene mi cuestionamiento a esta escuela totalizante de la experiencia humana, esta escuela que busca “normalizar” o hacer estándar la experiencia humana de la niñez.

¿Quiénes son los escritores que más te influyeron y por qué?

Hay varios. Pizarnik me gusta un montón dentro de lo que es poesía. También tengo influencia de Cortázar, lo noto especialmente en textos más jóvenes como los que se incluyen en *Microalmas*. Me gustan mucho Saramago, Cabezón Cámaras (es impresionante cómo redacta),

Conrado Nalé Roxlo, Liliana Heker. Tengo curiosidad por autores que todavía no leí pero que sé que me van a gustar... Es un viaje de ida.

¿Qué lecturas actuales nos podés recomendar?

Estoy leyendo *Leviatán* de Paul Auster, la recomiendo. Si uno hace un trabajo de escritura, puede hacerte bien leer ese libro y dejar de romántizar tanto a los autores.

Me gustaría saber cómo fue que Susy Shock escribió el prólogo de *La Chaco*. ¿Se conocían de antes?

¿Cómo se dio?

Susy es amiga de una amiga muy querida de un pibe con el que yo salía. Es medio raro poner esa respuesta en una entrevista, pero nos conocemos por amigues en común y cuando se lo propuse, me dijo: "no me sale armar un prólogo con palabras, pero te dedico esta poesía". Me pareció lo más acertado que pudo haber hecho. Hermoso.

De tu obra editada hasta el momento, ¿cuál creés que es el punto más alto y por qué?

No sé cuál sería el punto más alto de mi obra editada hasta el momento porque cada libro es muy distinto. Pero hay cuentos y relatos que rescato, que me gustan muchísimo. Como mi obra siempre está escrita en pequeños cuentos que van armando una trama, no podría definir un solo libro, pero sí puedo hacer una selección de textos (en algún momento la haré) para incluir en un volumen propio.

¿Qué es lo que se viene, Juan?

Estoy escribiendo una peli, estoy trabajando en el guion de otra. Estoy tratando de buscar ese lenguaje y aprender siempre más.



Juan

por Alexa Pettone

Tan cerca escucho el murmullo húmedo de las olas de un río que es ruta y testigo de un viaje que sueño en las tardes sobre la arboleda de algodones.

Con mis zapas atadas y la remera que más me gusta, no pienso en volver. Solo recorro como un pequeño pájaro los techos del barrio con mis amigos y amigas más valientes y no dejo de pensar en ese viaje. Me lo imagino como una inmensa ciudad llena de edificios altísimos, montañas monumentales, con gente que jamás vi pero que con una mirada golpea de calor mi corazón.

Imagino si allá el sol pega tan fuerte como acá o si los inviernos son crueles para quienes soñamos con un beso, beso que posiblemente se oculte o sea revelado al bajar de los techos.



El viaje recién comienza y es agotador descubrir tanto sobre un mismo suelo. Es gozoso saberlo así,

sentirlo así, tan multitudinario y distinto. Como mis hermanos y yo, aunque ante los ojos de papá éramos muy diferentes.

Emprendí este viaje, entonces, con la idea de acercarme. Conocerles, conocerme, cual caja de resonancia que me dibuja inquietante. Cual caja de resonancia que me dibuja en cada milla un poco más auténtico.

Aún me pregunto si la abuela va a poder resolver las diferencias de esa imagen primera de ese niño al que hoy intento descubrir. Créanme que me descubro en cada paso y es el mismo gesto que tengo hoy con ustedes. Esa necesidad me abru-

ma. Quiero escuchar y escucharme en sus ojos. Patear la misma vereda de las indiferencias. Elegir la remera que voy a ponerme y cuidar de los besos que voy a regalar.

Hoy ya no estoy saltando los techos de mis vecinos.

Hoy ya no estoy en casa encerrado en mi cuarto oyendo los pasos de mamá al ritmo de Pimpinela mientras limpia. Hoy mamá sale a trabajar, yo viajo y el perro limpia. El mundo cambia y por eso estoy acá.

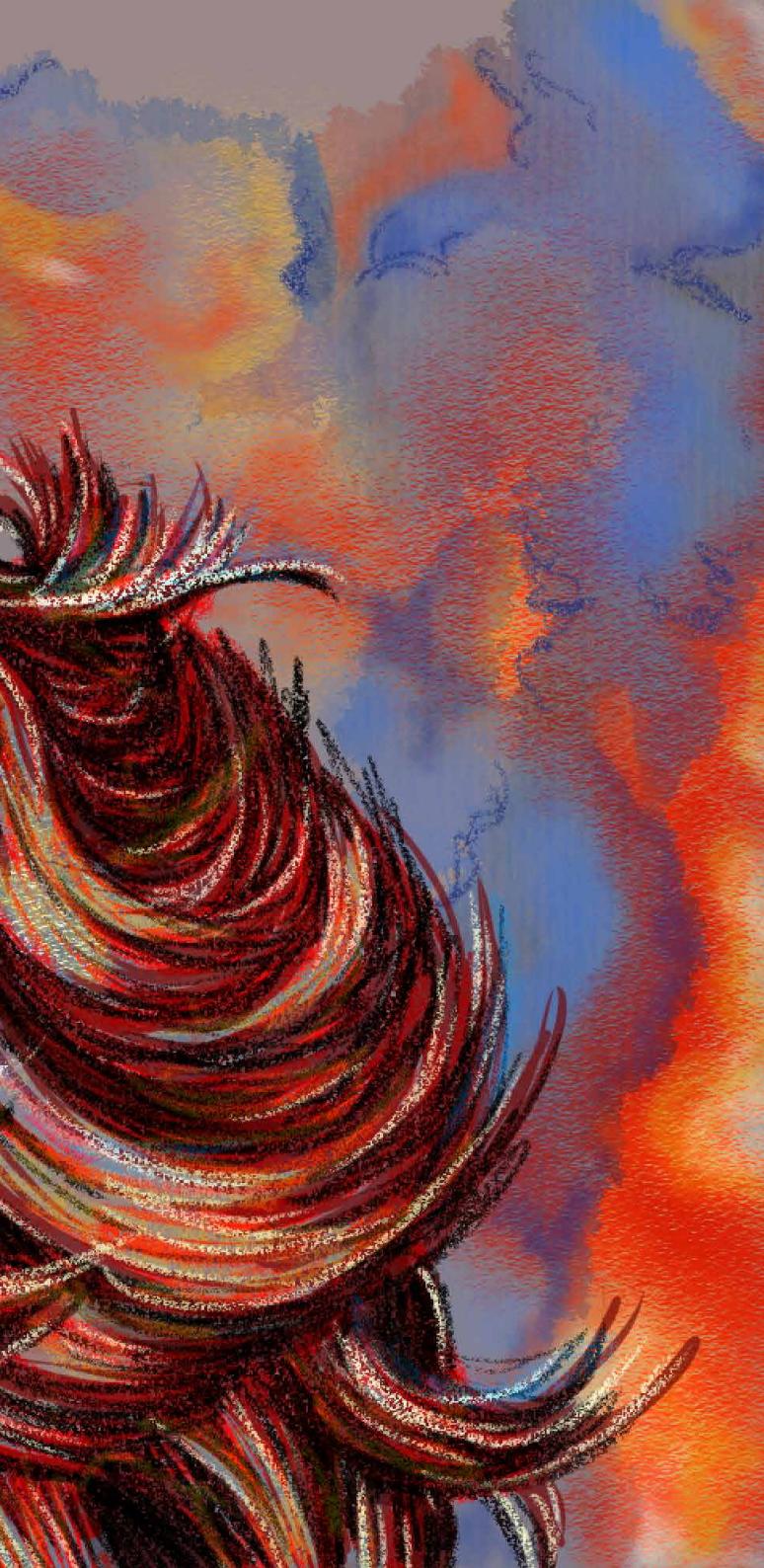
Ojalá, y es un deseo, nadie les nuble el paisaje y encuentren la forma de que ese primer salto de ese techo sea también el primer impulso para volar.



➤ Escuchá el audio en <https://youtu.be/jqGs7pSEDPw>

► Ilustración: Luciano Guardia





Paz para qué

Juliana Almaraz

Para el Negro Castillo, por su paz y
su palabra.

La paz hay que
ganarla,
decía un viejo necio.
Yo digo:
paz para qué
si ya no hay más palomas.
Paz para qué
si no hay
peces dorados.
Paz para qué
si no hay
más mariposas.

Paz para qué
si solo hay
gusarapos.

Paz para qué
cuando todos
se han rendido.

Paz para qué
si todos
han mentido.

Paz para qué
si el mundo
hace la guerra.

Paz para qué
si hay mujeres
que no sueñan.

Paz para qué
con estómagos
vacíos.

Paz para qué
cuando tu dolor
no es el mío.

Paz para que
si a nadie

le hace gracia.

Paz para qué:
más soldaditos
de plomo.

¿Paz?

Absurdo paroxismo
de quijotes desquiciados,
que proyectan quimeras
sobre escombros
de desesperanza.

Paz para qué,
si, a fin de cuentas,
esto no es sino sobremorir.

Paz para qué
cuando las
balas de plata
revientan los sesos
de fantasmas
que ya han muerto.

¿Paz para qué?

Pues porque sí,
porque es preciso, ¿no?



► Fotografía: Ana Barros

En el aire

Leonel Ramallo

La semana va finalizando y el sábado amanece con un aroma distinto. No sé qué es, pero algo ronda en el aire. No lo puedo descifrar. Es una percepción que da vueltas por mi mente y hasta el cuerpo la puede sentir. Una sensación agradable que me tiene a la expectativa. Qué sé yo, tal vez sean las primeras impresiones de la mañana o quizás el remanente de algún sueño perdido en la profundidad del infinito.

Me levanto de la cama, pongo el agua para el mate y miro por la ventana. El sol brilla, sus rayos se filtran por los bordes que no alcanzan a cubrir las cortinas y dibujan figuras extrañas en el cromado de la pava. La heladera detiene su ruido silencioso y me invita a contemplar la belleza del silencio absoluto. ¿Habré olvidado algo y mi mente trata de recordármelo? Puede ser, no me doy cuenta. El limbo en el que estoy es demasiado para mi mente plagada de ensueño. Los mates y la televisión me despejan un poco. En ocasiones, ideas momentáneas transitan velozmente, irrumpen la calma y se alejan dejando un rastro de posibles respuestas a mi intriga. Busco indicios en el aire, pero solo es eso, una vaga estela con sabor a

poco, un mísero vestigio de pensamiento fugaz. Estoy intranquilo, aunque la impresión sigue siendo agradable. ¿Por qué será?

Salgo a la vereda y los colores de las florcitas de paraíso brindan un marco de sutileza a la mañana. Las manzanillas bordan un elegante detalle sobre las polvorrientas calles del barrio. No hay nada nuevo: la brisa mañanera de verano, los perros comunitarios durmiendo al sol, las salsas tempraneras aromatizando el ambiente. Voy camino al trabajo. La bicicleta se siente más pesada que de costumbre y los cuádriceps lo advierten antes que la mente. Escucho el caucho de las cubiertas arrastrándose, friccionando por demás su estructura contra el áspero pavimento de la calle Saavedra. En pocos metros doblo en la avenida y, para alivio de mis males, el galpón aparece al final de la bajada, así que me ahorro el esfuerzo de algunas cuadras. En los últimos metros de impulso que la inercia y la gravedad han generado en mí, saludo a los vecinos sentados bajo los sauces. Disfrutan de los últimos mates lavados antes de la comida. Apoyo la bici en el cantero colmado de malvones rojos y alegrías del hogar, al resguardo de la sombra que brinda la Santa Rita, una verdadera cúpula color fucsia, orgullo de mi abuela.

En el trayecto hacia la mimbrería cruzo algunas palabras con mi tío Perico. Me saluda, siempre con su característico "¡Eh, mijo!", con sus ojos achinados y una sonrisa cariñosa, propia de él. El ambiente en el galpón está más alterado de lo habitual. La música alta, las discusiones de siempre. Saludo a todos en general, sin protagonismo, evito entrar en la

disputa. Atravieso por completo el vacío central del lugar con un aire de espectro inoportuno. De repente, una voz me nombra. Levanto la cabeza. Es el Beto, que me llama con su peculiar voz y me dice ofuscado que es mi turno de cebar mates. Bajo la mirada, sonrío y con un gesto digo que sí. Busco liberarme de la acusación, al menos por el momento. En realidad, es cierto. Venía esquivándole a la cebada desde hace rato, y en el galpón este asunto no puede pasarse por alto. Tal vez era eso. Mi memoria, en sus avatares, me avisaba que era mi turno de comenzar la siguiente ronda. Pero no me quedo tranquilo. La sensación sigue conmigo, es atractiva. Hay algo más. ¿Qué será?

Arranco los mates con el fin de terminar la ronda pronto. Resulta evidente aclarar que los sábados no se pueden desperdiciar de esa manera. Si bien la mimbrería me brinda una sensación de pertenencia e identidad, hay cosas que son claras: hay que terminar las últimas canastas, ponerle manija y, sin preámbulos, hacer la cuenta y cobrar la semana. ¡Eso! ¡Eso era! ¡El sábado cobramos! Por un instante mi mente se tranquiliza. Parece que ese es el motivo. Lógico. Me voy a ir con unos pocos pesos que alcanzarán para salir con los muchachos. Lo extraño es que aún queda algo de esa seductora sensación. El dinero no logra cambiar las cosas. Algo más me inquieta y ahora estoy seguro de que no tiene nada que ver con eso; es algo que está en el aire, una sensación que viene de los lugares más intangibles del ser humano, esferas propias de la pasión, una zona atestada de sentimientos.

La mañana se acorta cuando termino la ronda de mates. Las charlas continúan, ahora más civilizadas. Los temas de conversación se basan en la expectativa que generan los partidos que van a empezar en un rato. En ese instante mi espíritu encuentra la punta del ovillo y una sensación comienza a encaminarse por los carriles apropiados. ¡Claro, es eso! ¡El Canalla juega esta tarde contra Argentinos Juniors! Un partido clave en la pelea por entrar a la copa. El corazón está a pleno, rozagante, extasiado, ansioso, pero no alcanza a llenar el vacío. Es una percepción distinta, que proviene de alguna parte del alma, ¡Dios! ¿Qué carajo será?

La tarde ha devorado varias horas. Los últimos mimbres se van utilizando y el alboroto comienza a ganar terreno. Después de todo, esa es la esencia misma del galpón, el conflicto permanente. Eso nos distrae de la labor diaria, desestructura la rigidez que representan las edades dispares, despersonaliza los rostros que vemos habitualmente y nos desconecta por completo del cotidiano rumbo del tiempo, el mismo tiempo que, en ocasiones, está obstinado en persistir inmóvil frente a las largas jornadas de trabajo.

En medio del bullicio, siento que la respuesta está ahí, dando vueltas en el aire; la extraña sensación comienza a develarse, pero la intranquilidad del lugar desarma cualquier intento de pensamiento lógico y profundo. Por supuesto, el galpón no se caracteriza por charlas de extrema intelectualidad, no hay lugar para eso. No es que no haya pensamiento crítico en nosotros, solo que resta tiempo a lo banal, a lo profano. En otras

palabras, la creatividad vulgar y cotidiana le gana la pulseada a la inteligencia insípida. Entonces varias ideas pretenden develar el misterio, pero se derrumban. No hay nada, solo piezas de un rompecabezas que esperan mi intento de volver a armarlo. Mi mente sabe la respuesta, está cautiva, secuestrada, amordazada. Todo es una gran frustración. El galpón vive sus últimas horas de la semana y aún sigo en ascuas. La discusión que nublaba por completo mis ideas la había desatado el mate. Sí, el mate. El compañero indiscutible de cualquier reunión, culpable momentáneo de mis desgracias. Como es de esperar, nadie quiere hacerse cargo de la cebada. Francamente, no me importa en lo más mínimo quien cebe. El sábado se acaba y necesito despejarme.

Zapatos arrastrándose sobre el húmedo y agrietado suelo invadido por cientos de diminutos fragmentos de mimbres se abren paso para acompañar el golpe de la garrafa de dos kilos y el siguiente chispeo del encendedor. Todo indica que la ronda de mates está próxima. La rutina del sábado a la tarde se altera repentinamente y me conduce a un camino placentero. Cada movimiento, cada acción es un ritual, un protocolo natural y atractivo. En el aire, una corriente invisible se siente, como si una voz familiar me hablara, nos hablara.

El lugar, un galpón de mimbre como cualquier otro, desprolijo, de escasa iluminación, plagado de polvo en suspensión que irrumpre en la escena cuando un rayo de sol, perdido y oportuno, le da vida y nos brinda un espectáculo único de burla absoluta a la gravedad. Ese mismo lugar

donde las arañas, en su labor incansable y cotidiana, adornan los espacios menos transitados con sus guirnaldas, y el viento, en su acción imperceptible, engalana las telas, abrazadas a la imperfección de la pared. Todo se vuelve extraño, tanto, que el alboroto desaparece. Un aura ingresa en cada rincón del espacio, trae consigo una profunda calma. Nuestras acciones se vuelven mecánicas, rutinarias, sin demasiada intervención racional, como si algo en el aire nos manipulara cada movimiento. El mate gira en su ronda habitual, pero sin mucho protagonismo. Levanto la mirada y nadie se atreve a hablar, es un pacto de silencio telepático, preciso, dinámico, que surge sin pedirlo. La sensación nos atrapa, nos encausa con su lógica única. Hay un domo impenetrable que nos contiene, nada ni nadie puede alterar nuestro entorno. Esa seductora expectativa, casi inaguantable, ya no es solo mía, no me pertenece más. Es de todos. Lo que me estuve preguntando se lo habían preguntado todos.

De pronto, una sensación colectiva va reuniendo pero, sobre todo, hablando. Esa voz antes del partido tiene la respuesta al maleficio. Cada palabra es un destello de luz en esta nebulosa de espectro misterioso. El sonido que se filtra en cada centímetro de la mimbrería, inunda sin pausa nuestro pensamiento. No podemos pensar, solo escuchar. Somos pibes otra vez esperando un relato que nos rescate. Nadie pronuncia el más mínimo susurro, todos estamos captados por la magia radial, olvidados del mundo que nos rodea. El tiempo detiene su paso, estamos flotando en el aire, liberándonos, solo escuchando la prominente y característica voz de

los sábados antes de que empiece el partido...

A las puertas del cielo llegaron un día, cinco viajeras.

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó el maestro de la eternidad.

—Somos la religión —dijo la primera.

—La juventud —dijo la segunda.

—La comprensión —dijo la tercera.

—La inteligencia —dijo la siguiente.

—La sabiduría —dijo la última.

—Identifíquense —ordenó.

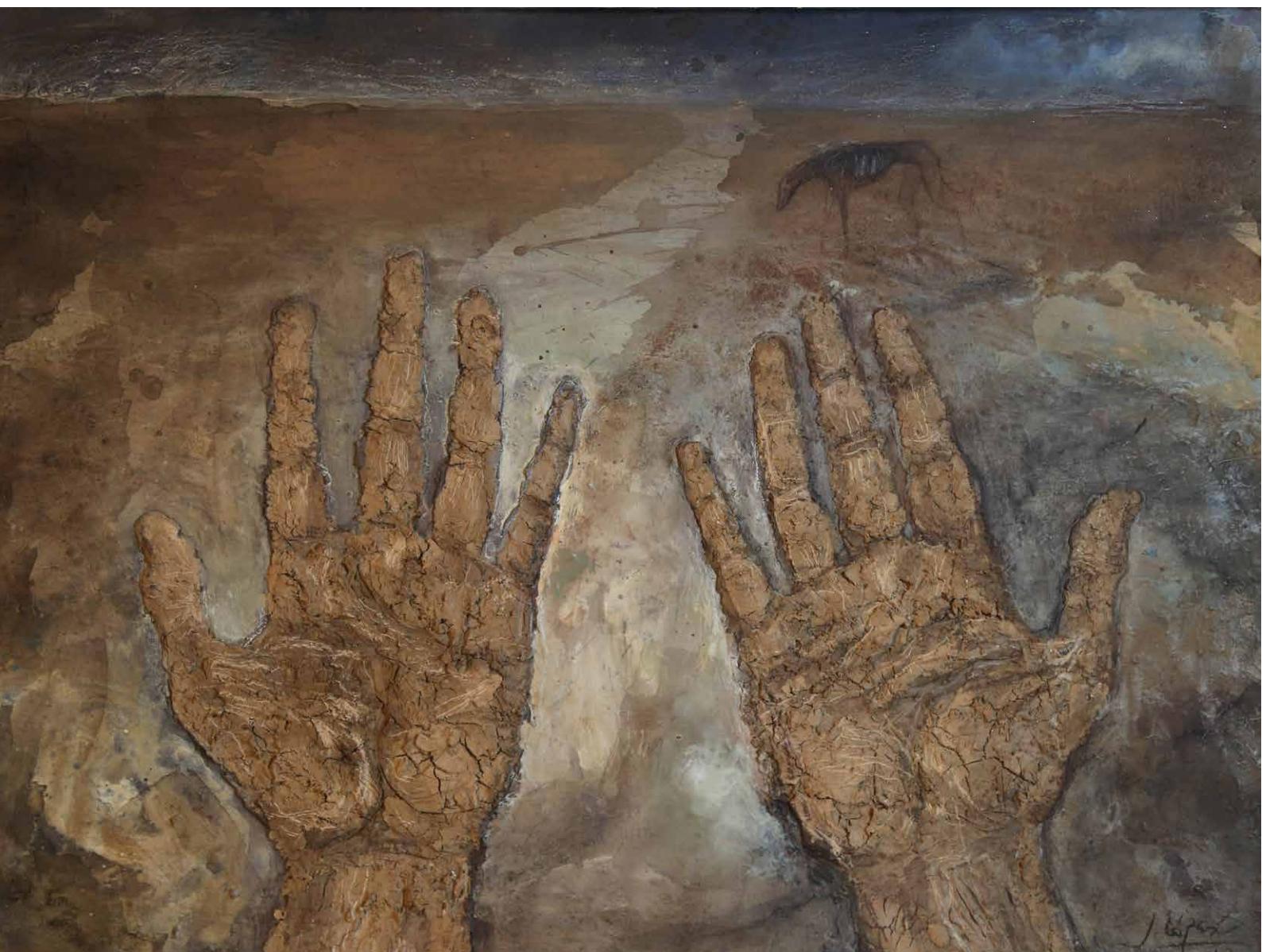
Entonces, la religión se arrodilló y oró, la juventud se rió y cantó, la comprensión se sentó y escuchó, la inteligencia analizó y opinó, y la sabiduría, la sabiduría contó un cuento.

iY el fútbol, contó un cuento!...¹



1 Roberto Fontanarrosa, *La observación de los pájaros*.

Jorge Coqui López





Soy un hombre a orillas de un río que dibuja, pinta y hace esculturas.

Después de buscar texturas para mis obras durante décadas y sentir que repetía cosas que ya habían hecho artistas en otras partes del planeta y que nada tenían que ver con mi identidad; un día, sentado en la orilla, me di cuenta de que el barro era el color y la textura que buscaba. Estaba tan cerca que no lo veía. Entonces creé una técnica para conservar el barro y con él retratar a los niños, mujeres y hombres que habitan este rincón del Paraná.



➤ *Las manos vacías.* Pintura y tierra. 2017. 60 x 40 cm





➤ *Hombre de raíces y barro*. Escultura. 150 cm x 120 cm



MIRAME

J. López
18

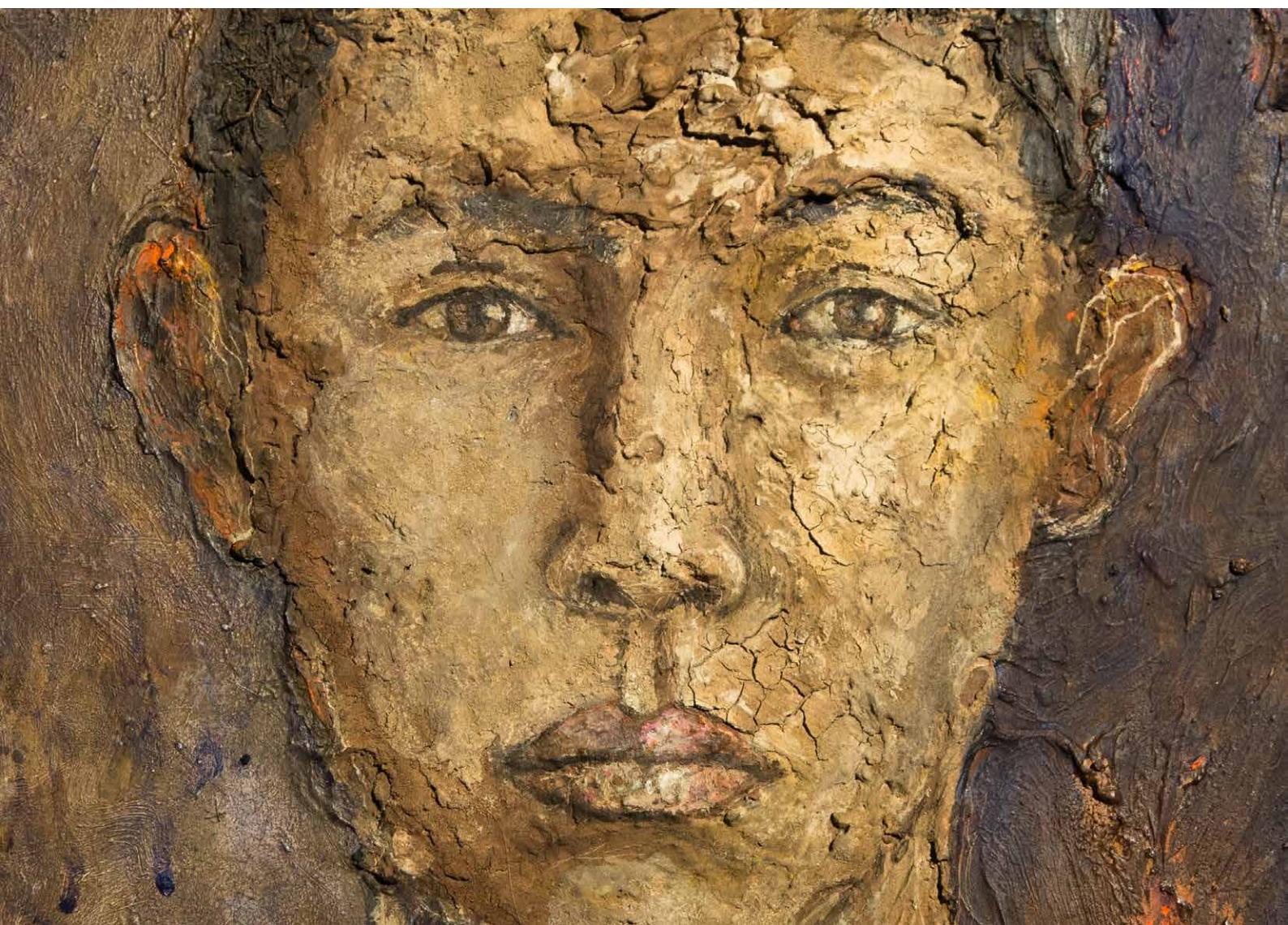


Creo que el ser que soy es la unión del yo persona con el entorno donde vivo. Lo que me hace pensar: ¿hasta dónde llega mi ser?, ¿hasta mi nacimiento?, ¿hasta mi madre?, ¿mis abuelos?, ¿los abuelos de mis abuelos?, y así sucesivamente hasta los antiguos hombres que habitaron este suelo. ¿Y hasta dónde soy en el entorno? ¿Cuáles son los límites? Siento que las fronteras entre mi ser y mi entorno se mezclan, se van uniendo en este hacer, en este vivir.

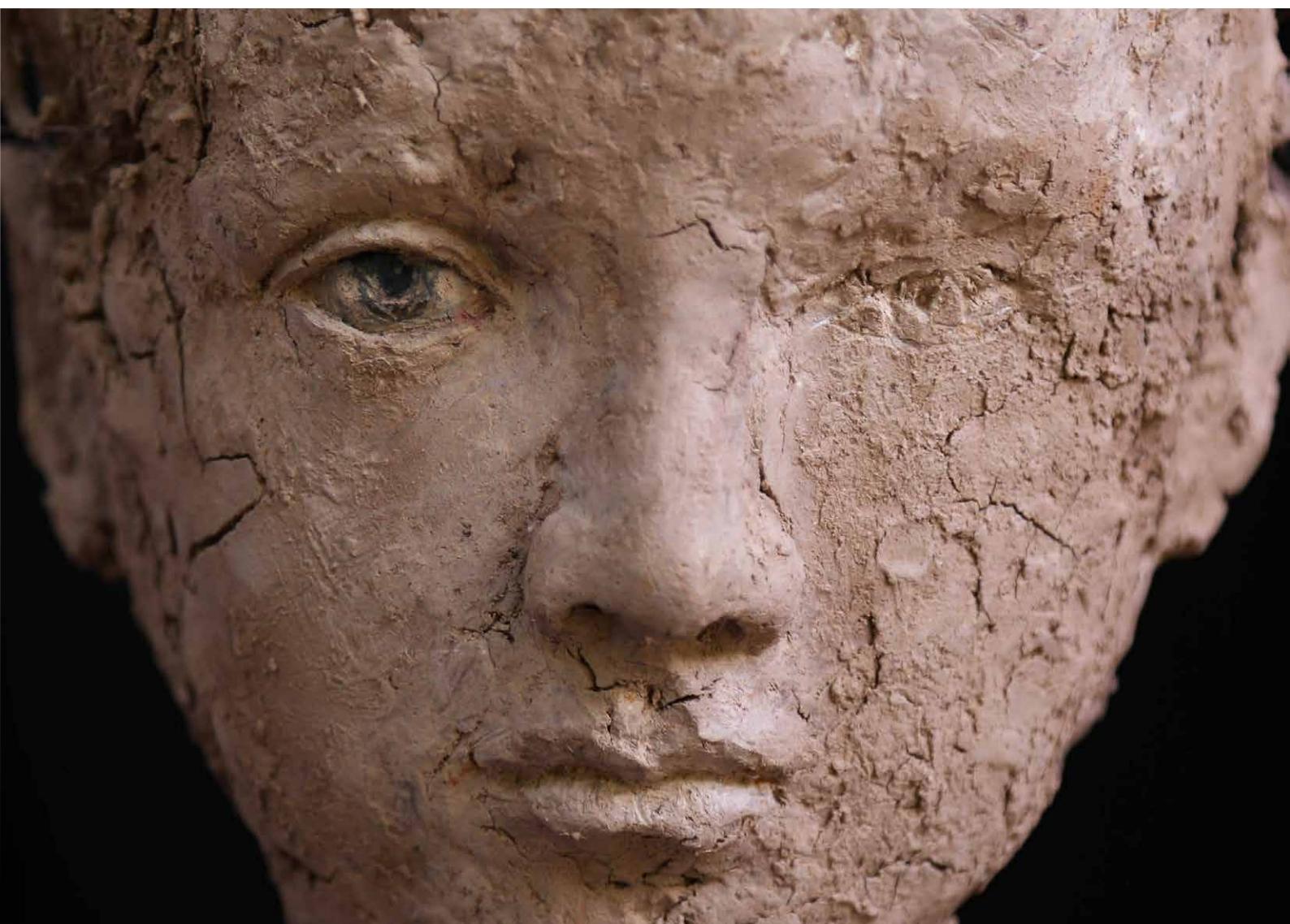
Como otros hombres que habitaron estas orillas y que buscaron en el río los misterios de la existencia, entierro mis manos en el barro buscando la memoria de este lugar.

Soy un hombre a orillas de un río

➤ *Cabeza de niño. (Mirame).* Pintura. Técnica mixta (tierra y acrílico). 130 cm x 130 cm



➤ *Muchacho*. Pintura. Barro y pintura acrílica. 2017. Medidas 50 x 40 cm



➤ Niño de barro. Escultura





➤ *En el hijo se puede volver*. Pintura. Técnica mixta. 150 x 120 cm.



> Ilustración: Darío Churruauin

Teoría y práctica

Juan José Oppizzi

La noticia de que Haydeé Presenti de Tirado renunciaba al cargo fue como una bomba. Pero una bomba de alegría. Los del curso de segundo año arrojamos papelitos, gritamos, saltamos. Ya en el primer bimestre, Anatomía nos resultaba una pesadilla. Haydeé Presenti de Tirado era implacable: la mayoría del curso penaba con números brevísimos en las calificaciones; exámenes orales y escritos equivalían a masacres irreversibles. Además, la vieja entraba al salón con gesto de asco y lo mantenía así hasta el final de la hora. El relato de las promociones anteriores –algunas, remotas– consignaba esas cruelezas y esa mueca desde el nebuloso día de su arribo a la cátedra. Nunca nadie supo, en verdad, si las motivaba el alumnado, la materia, el mundo, su muy difunto marido o alguna tara congénita, y nadie se preocupó mucho por averiguarlo. Lo que sí intrigó siempre a sus colegas de enseñanza fue qué vericuetos administrativo-políticos la habían colocado y mantenido al frente de la clase de

Anatomía a lo largo de cuarenta años con solo un título de maestra normal y con virtudes didácticas que no le hubieran permitido estar ni al frente de un kiosco. Eso tampoco lo supieron ellos, no por falta de ganas, sino por lo hermético del asunto.

Los directivos de la Escuela Nacional de Enseñanza Media expelieron un comunicado en el que se decían las elogiosas mentiras de oficio y se aclaraban las razones del retiro de Haydeé Presenti de Tirado: "merecida jubilación". Lo que no se comunicó oficialmente, llegó por rumores: en efecto, ella se jubilaba (a ojos vista excedía todos los plazos legales de edad), pero había rechazado la solicitud de las autoridades escolares para que siguiera hasta el final del ciclo lectivo. Con los trámites hechos -en secreto- a mitad de año, les dejaba una vacante inesperada y difícil de cubrir.

Nobleza me obliga a admitir que nuestro curso aportaba no menos de la mitad del problema (la otra mitad era el sueldo magro a percibir). Los treinta y cinco alumnos inquietos, inestables e inmanejables éramos un territorio que movía el recelo de cuantos educadores hubieran podido hollar el umbral del aula. A los que la dirección de la escuela les solicitó de rodillas que cubrieran el bache -todos médicos, claro- les cupo hacer una elección rápida entre los consultorios y este loquero, y ganaron los consultorios. La que iba cargando con el peso mayor era Zulema, nuestra preceptora, que, por lógica, también era la receptora de lo más grueso de nuestro caos adolescente. Reprimendas, amenazas y penitencias no

hacían mella en el descontrol del grupo. Tras varias licencias por afonías y colapsos nerviosos, Zulema tuvo que apelar a nuevas tácticas de lucha. Y la que le brindó el éxito fue una de hondo vínculo con su personalidad: el chismoseo. En la execrada hora libre de Anatomía, ella comenzó a desplegar su inagotable información sobre dimes y diretes del colegio, del barrio, de la ciudad y de la región. El silencio morboso con que la oíamos provocaba el asombro de toda la escuela. En algunas oportunidades bajaba el tono o cambiaba el tema, sabedora de que había tantas orejas pendientes de su boca en el salón como detrás de la puerta.

Fue Zulema, justamente, la que una semana después nos dio la primicia: la vacante de Haydeé Presenti de Tirado se había cubierto. Acostumbrados a esa hora de holganza y de placer informativo, nos rebelamos. Con mayor razón cuando nos dijo que el nuevo docente era un tal doctor Emiliano Sirer. Nadie lo conocía –ni Zulema–; por lo tanto, imaginamos la entrada de una chaquetilla aséptica anhelosa de regar cruelezas al estilo Presenti de Tirado. Nuestros alaridos de protesta enmudecieron ante el ingreso al aula de un tipo que demolió en un segundo la imagen aquella. Un pelo revuelto, una remera colorinche, un pantalón de lona gastado y unas zapatillas más gastadas que el pantalón nos dejaron con las bocas abiertas. Zulema hizo una ligera presentación y huyó a la calma de la sala de preceptores.

El doctor Sirer caminó entre las mesas y las sillas con las manos en los bolsillos y un juvenil paso bamboleante. Parecía alguien apenas ma-

yor que los muchachos del último curso. Y su lenguaje nos regaló otra sorpresa: cada cinco o seis palabras intercalaba alguna procacidad. Al rato de haber ingresado al aula, nuestras risas marcaban su éxito en conquistarnos. Cuando nos ablandamos, él expuso el criterio de enseñanza que aplicaría. Dijo que le agradaba la práctica. Nosotros nos callamos la intriga: ¿cómo iba a guiarnos así en algo como la anatomía?; eso quedaba para los estudiantes de medicina. Por otra parte, el método de Haydeé Presenti de Tirado –únicamente seguir el texto oficial de memoria- se nos había hecho carne.

En la segunda clase, Emiliano Sirer trajo una conservadora y un valijín de médico. Abiertos ambos receptáculos, nos dimos cuenta de qué había querido decir con lo de *la práctica*. Del valijín obtuvo elementos de cirujía; de la conservadora, un hígado y un corazón. El impacto en nosotros fue enorme. Mientras él se ponía los guantes quirúrgicos y acomodaba las vísceras en una bandeja de acero, sobre el escritorio, ni respirábamos. Algunas chicas se taparon los ojos. Uno de los varones pidió autorización para ir al baño. Sirer aclaró que las piezas anatómicas provenían de un troceadero de cerdos. Luego nos invitó a rodear el escritorio. Un círculo de valientes nos escudó a los más cobardes. A medida que el doctor avanzaba en la explicación y en la disección, fue despertándose enos un interés que no hubiéramos imaginado. Nos apiñamos a mirar. Las aburridas láminas del libro de texto quedaron instantáneamente en el olvido. Aun la estúpida de Fabianita Arejo hizo preguntas dignas de respuesta.

Terminada la clase, Zulema nos aportó más datos de Emiliano Sirer: era forastero; no hacía mucho que vivía en la ciudad; no había instalado consultorio ni atendía en clínicas u hospitales; su currículum impresionaba. Para las chicas, añadió que figuraba como soltero.

La mejora en las calificaciones de Anatomía no dejó de llamar la atención de nuestros padres. Así adquirieron validez todas nuestras feroces acusaciones a Presenti de Tirado. Nos dimos el lujo de que nuestros progenitores se sintieran culpables. Algunos hasta simulamos resentimientos duraderos, armas poderosas a favor de concesiones que bajo circunstancias normales eran utópicas. Sirer continuó con su objetivo de poner mayor énfasis en la práctica que en la teoría. En rigor, lo que hizo fue ir *eliminando* esta última. Para ello se valió de un estímulo infalible: la participación directa. Hacía que le ayudáramos, por turno, a diseccionar. Hubo algunas resistencias, pero como nos proveyó a todos de guantes quirúrgicos, el contacto con la sangre ya no fue la barrera inhibidora. Pronto manejamos pinzas, tijeras y separadores. La pasión de Sirer por recorrer los órganos y desmenuzarlos nos invadió a todos. Le brillaban los ojos de placer al aislar cada parte. La exhibía, la paseaba ante nuestras ávidas expectativas.

Así era hasta que sucedió lo de Fabianita Arejo. Diseccionábamos gran número de vísceras –ella participaba, gustosa– y, sin mediar algo que lo hiciera prever, dio un alarido de terror y se desmayó. Emiliano Sirer la trasladó a la Rectoría. Fuimos todos con ellos, aunque no nos dejaron

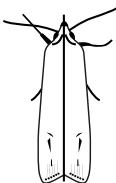
entrar. Zulema logró hacernos volver al aula. A la media hora, el doctor vino al curso explicando que Fabianita había sufrido una lipotimia, que ya estaba bien y que los padres se la habían llevado a su casa.

En realidad, la descompostura de Arejo no estimuló compadecimientos. Más bien, risas y burlas encubiertas. Excepto Sirer, recién llegado, los demás sabíamos la historia de histerias de Fabiana de las Mercedes Arejo Villadolce (tal su rimbombante nombre completo). Quinta hija del más célebre escribano de la ciudad y de la no menos célebre directora de la Escuela Primaria n.º 1, era un ejemplo viviente de acomodo por celebridad transitiva. Ya sus hermanos y hermanas mayores gastaban los pisos de claustros universitarios lejanos. Ella, por orden biológico, aún iba transitando la secundaria. Y mientras aquellos habían dejado un rastro brilloso, con notas jamás inferiores al nueve y la portación casi hereditaria de la bandera, Fabianita solo arañaba excepcionalmente un techo de siete puntos y un modesto lugar de escolta, pese al desembozado favoritismo que le diluía los escollos. Cuando algún profesor era renuente a despejarle el camino, ella armaba el adecuado berrinche (pataleo, llanto y revolcón) y el asunto acababa en el despacho del Rector, que volvía las cosas a la normalidad, o sea a gusto y placer de la niña.

Emiliano Sirer, al revés de nosotros, se vio muy afectado por el hecho; recogió las vísceras, guardó los instrumentos, suspendió la práctica en el resto de la hora y al día siguiente –para desgracia de nuestra preceptora, Zulema– su espacio estuvo libre. Fabianita no vino, tampoco. El pleno del

curso imaginó las protestas del escribano Arejo y de su cónyuge ante las autoridades escolares por el derrumbe anímico de la hija. La subsiguiente conjetura nos llevó a dar por ineludibles las presiones del Rector sobre Sirer. Eso fue desmentido en los chismes de Zulema: el médico había desaparecido. Los intentos por ubicarlo, primero telefónicamente y luego a través de emisarios puerta a puerta, no arrojaron más que silencio y timbreos vanos. Según la lengua de nuestra preceptorita, el frenesí de la búsqueda no era tanto para evitar la vacancia en la hora de Anatomía como sí para revertir, mediante un disciplinamiento ejemplar al doctor forastero, lo decidido por los padres de Fabianita: sacarla de la escuela.

Los tiras y aflojes entre los Arejo y las autoridades docentes quedaron petrificados cuando la chica, tras guardar un silencio pertinaz de dos días, le confió a su psicóloga que el motivo del grito y del desmayo en clase había sido hallar, en la disección de un ojo de cerdo, una lente de contacto. Los comentarios burlones que hilamos quedaron igualmente nulos al enterarnos de otro hallazgo, esta vez a cargo de la policía, en la vivienda alquilada –y prestamente abandonada– por Emiliano Sirer: algunos cadáveres humanos en un frízer, todos ellos con mutilaciones.



Cosechas de otras tierras

› Antología poética de Río Negro



› Fotografía: Sergio Andrés Ríos Aguilar



el origen de la vida

Aldana Pérez

entre jadeos caen sus máscaras
entre respiraciones fatigosas forzadas
entre su falta de aire
y su asco a cuerpo inválido
entregados a la máquina cúbica
que inyecta
crueldad química
el corredor es largo
y nosotros somos la boa
que se traga a los hombres en su letargo
comemos las caras sin ojos
nos alimentamos
de lo que queda
de su despojo
caminamos de la mano
cuando nadie nos ve
somos también

un desplazamiento
de la carne
porque en realidad cuando estamos acá
no estamos
somos
corazones
latiendo apenas
a veces
un momento antes
nos paramos
en las ventanas de sus cuartos y las abrimos
y entra el frío de la noche
los rumores de la ciudad
el alumbrado público
que extiende sus tentáculos dorados
sobre el perfil de los árboles
y sobre
alguna gente que pasa
ya cansada
mirando el piso
no queremos matarlos
lo único que anhelamos es
ese vacío que se amplía

la máscara blanca
que se hace suave goma
que camina y se amolda protectora
a nuestras formas
lo aleatorio es el llanto posterior de las esposas y los hijos
el grito desesperado de los enfermeros
las carreras lamentables de los dioses del fracaso
y la luz que se prende por todos lados
como si hubiera remedio
como si hubiera algo que no
fuera simplemente inevitable
nuestra adicción
es
el fondo de todas las cosas
el final del túnel
somos por unos minutos
pasajeros de la nada misma
que nos baña
caudalosa catarata sin peso
sin azul
ayer
antes de ver la maravilla
de la finitud ensancharse en

sus pupilas
entramos al cuarto de servicio
y nos besamos
y nos tocamos todo el cuerpo
eufóricos
desesperados
ávidos de sinsentido
nos lamemos
nos apretamos
luego
a la derecha de la muerte
dejamos el origen de la vida
lánguido
blancuzco
pero hasta sus peces
habían muerto

➤ Este poema forma parte del poemario *La sombra de las coníferas*, editorial Antiplan, Córdoba, 2011.

Permanencia bajo el sauce

Lautaro Giménez Lini

Nuestros dedos
brillan en el polvo
suspendido
entre la mugre
y la luz.

Afuera,
lentas,
se descongelan
las hojas secas de los sauces.

Un papel arrugado,
un pájaro que vuela, inmóvil,
en un cielo parco
un fondo de tierra apretada.

Se repiten la sequía,
la hamaca fija
y un entramado de cipreses y coihues,
allá,
arriba.

Del otro lado de la calle de ripio,
el sauzal palpita
y encubre
a los niños
y al río.

En los remolinos grises de la orilla,
se oxida una heladera,
perdiendo, incombustibles,
sus stickers
el color.

Los restos de una botella
a medio enterrar
en la arena
reflejan una luz
lluviosa.

Piedras bochas basálticas,
ennegrecidas por las sobras
de un fuego
y vino
y truchas.

El río se retuerce entre las ramas,
que se estiran
como lanzas
violentas de savia.

Las piedras torvas
del fondo
se fueron cubriendo de algas.

Bajo un manto verdoso, los pies se hunden
en lo precario.

Entre las piedras,
sonoras
baja
toda esa blandura
arremolinando

desde la piedra oculta,
sus pliegues
mutando
en los tintes de los cerros, glaciares, témpanos
hasta este llano
de ripio
y matas
y avispas
y cartones de leche
y hierros
y lupinos iridiscentes
y los huesos de un caballo
pudriéndose.

En este preciso jardín
arrullado por los ladridos
escuchamos la melodía de las tardes:

Este es el brillo del ocio,
el oro de los pobres

la redención interna
o
la revelación definitiva

Y nos sentamos a fumar bajo el calor breve y abrasador
de las flamas de esos sauces
y allí nos quedamos
años

Eclipsados de sombra,
dejando encarnar ciertas visiones.

Nos quedamos habitando
esas horas perdidas,
ocupando con manías
el interior de los gestos.

Desencajados
Y en constante tensión
con los hechos.

Cuanto más recio el silencio,
más atronadora
era la caída
de ese río
antes hielo
antes magma
antes luz.

Nos dibujamos a nosotros mismos
impacientes

Sacando brillo a los contornos

Una sonrisa palpitante
aun esquiva.

Enamorados de esa quietud
y olvidando
la propia farsa
del propósito inicial

Descubrimos dolores imprecisos:

Quizás haya sido verdadero
el odio de clase,
la mirada panfletaria

Pero todo lo que parece real,
puede herir.
Qué remedio

El sauce se partió bajo el peso de la nevada,
y una intemperie nueva nos dejó bajo el invierno.
Las manos azules.

Al otro lado del río,
dijeron,
se acaba el mundo.

Y por eso
permanecimos,
precolombinos,
debajo del sauce.

Poemas

David González

I

las ceremonias creativas
son un huevo de serpiente
sostenido por dos palos

ambas manos entrelazadas
tornan en espiral la sombra
cierran el occidente
que habito y me habita

II

nazca

reciba los nutrientes necesarios para desarrollar su cerebro
siéntase el perro de Pavlov antes de saber que existe algo llamado así
tenga una familia disfuncional

lea siempre cualquier cosa que caiga en sus manos

lea poesía

lea poesía desordenadamente

lea poesía hasta pensar que no hay más nada nuevo por decir
piense en no volver a escribir

sienta la poesía rondar en la nuca

conozca la incineración

use las palabras como bayonetas

tenga amigos y piérdalos

sea genital

invéntese una moral o un dios

regocíjese en el barro y la altura

indague en la intensidad

inmólese

siéntase morir

resucite

entiéndase uno más

descifre el run run del viento



➤ Ilustración: Zeque Bracco

Temporada de rebajas

Flavio Tonelli

Siempre aparecía alguno cuando empezaban los primeros fríos o los primeros calores. Venían con sus carros repletos de mercaderías de procedencia incierta, anunciada como "finísima", "de primerísima calidad" o "lo mejor que se fabrica en el mundo". Eran los mercachifles "turcos", a quienes todo el mundo criticaba, pero a los que, más tarde o más temprano, se les terminaba comprando algo. La mayoría de las veces creían que habían logrado timar al turco de turno, por eso hacían negocios con él. Pronto comprendían que era difícil que un chacarero le ganara en astucia a un comerciante hecho en los caminos.

Esta historia ocurrió una tarde de mediados de octubre de 1933. El ruido de los cacharros colgando fuera de la carreta del turco se escuchó mucho antes de que él pudiera verse en persona. Rodolfo estaba terminando de afilar una guadaña en la piedra circular y Eugenio acababa de carpir los almácigos que tenía en una parcelita detrás del rancho. Apenas el turco de la carreta vio una tranquera, un molino y un rancho cerca, comenzó a

pregonar a los gritos, con voz aguda:

—¡Aprovecha comprar, sañora! ¡Sañuuur! ¡Tetera, cafetera, compotera sopera! ¡Zenquería fina, cubiertos de plata aspañola, ropa de las uropas! ¡Aprovecha temporada de rebajas!

Rodolfo tenía diecisiete años, era el mayor de los dos hermanos y ya se sentía el segundo al mando, aunque en la casa solo fueran tres personas. A la terna la completaban Ítalo, el padre, y Eugenio, el hermano menor, de quince años. No había mujeres en la casa porque la madre había fallecido cuando los hermanos eran muy chicos y el padre no lo había superado. Fue Rodolfo el que le hizo señas al turco para que entrara en la chacra.

—¿Qué hacés? —le recriminó Eugenio—. Llamalo a papá antes de hacerlo pasar.

—Yo sé lo que hago —respondió Rodolfo.

El turco se bajó para abrir la tranquera, pasó con la carreta, luego volvió a detenerse para cerrarla. El caballo gordo y reluciente que tiraba de la carreta avanzó, con un tranco lento y cansino, los cincuenta metros que separaban la entrada de la puerta del rancho. En ningún momento el turco tomó las riendas; sin embargo, el animal arrancó y se detuvo justo en el momento en que debía hacerlo.

—¡Buenas tardes, sañur mochacho! ¡Acercate usté y mirá qué buena mercadería tiene yo para vender últimamente! ¡De todo bueno! ¡Platería, zenquería, cuchillos de acero solinger, ropa fina de las uropas, de todo hay! ¡Sañur mochacho! —se apresuró a ofrecer el turco mostrando cada

artículo que nombraba con un gesto teatral.

—¿Qué ropa lleva? —preguntó Rodolfo.

—¡Ah, la más finísima camisa de las uropas, sañur muchacho! ¡Y todo a la oferta porque es temporada de rebajas!

Eugenio no dijo nada, pero escudriñó entre los cacharros colgados y las cosas que se podían mirar desde el piso, sin subir a la carreta. Vio una pava enlozada que parecía buena y una cuchilla bien encabada con el sello de aceros Solingen. Tomó la cuchilla y la raspó con la punta de un cortaplumas que siempre llevaba en el bolsillo. La hoja de la cuchilla desprendió un poco de viruta, confesando así su pobrísima forja. Eugenio sonrió y dejó la cuchilla donde estaba.

A Rodolfo le cambió la cara cuando el turco nombró las camisas. El turco notó el interés del muchacho y de inmediato su estrategia se centró en la venta de ropa.

—¡Pero no solamente tenemos camisa, también tenemos la pantalón de corte inglés, mismo fabricante de prestigiosa casa "Jarros"¹, de la Buenos Aires! ¡Mejor que la "Gaticháve"²! —Y uniendo la acción a la palabra, el turco sacaba una camisa de blancura impoluta, envuelta en celofán,

1 "Jarros": Harrods, tienda británica que funcionó en la Ciudad de Buenos Aires desde 1914 hasta 1998, en la calle Florida 877, única sucursal fuera de Inglaterra. En su época, fue considerada una de las más prestigiosas firmas de la Capital.

2 "Gaticháve": refiere a Gath & Chávez, una tienda que funcionó en la Ciudad de Buenos Aires entre los años 1883 y 1974. Estaba ubicada en la actual esquina de Florida y Teniente General Perón y fue la preferida por las clases altas porteñas.

que colgaba de una percha, y un pantalón azul marino planchado con una raya filosa, en el interior de una caja de cartón piedra.

Rodolfo parecía un chico al que le hubiesen dado la llave de la juguetería y una bolsa para llenar.

—¿A cuánto la camisa y el pantalón? —preguntó entusiasmado.

La sonrisa del turco se volvió más encantadora. Sus enormes bigotes negros parecían acentuar los gestos de su boca y ampliar el tamaño de sus dientes. Se bajó del carro y se acercó a Rodolfo sin soltar las prendas que exhibía como alhajas. Cuando estuvo parado al lado de Rodolfo, lo miró de arriba abajo para hacer notar que evaluaba a su potencial cliente.

—¡Esta finísima ropa especial para usté, sañur mochacho! ¡Usté altísimo, flaco, ojos celestes y rubio! ¡Como actor de la película del cine! ¡Como la Gary Cooper! ¡Las mujeres van a pedir turno para estar con usté! ¿Cuánto mide de la altura?

—Un metro ochenta y dos —respondió Rodolfo, abrumado por los elogios.

—¡Un galán de la jólibud! ¡Con esta ropa las mujeres no lo van a dejar tranquilo!

—¡Se los compro! —exclamó Rodolfo.

—¿Ni siquiera te lo vas a probar? —advirtió Eugenio—. ¿Vas a comprar sin saber el precio?

—Acá el hombre dijo que me queda bien, él sabe —respondió Rodolfo fastidiado.

—Por lo menos averiguá el precio —insistió Eugenio.

—Tiene razón sañur mochacho chico. Precio hay que saber —intervino el turco, conciliador, y continuó con tono y gestos teatrales—: ¿Cuánto la cobraría a usté estas finísimas prendas en una tienda del centro de la Buenos Aires? —Los muchachos hicieron silencio un momento, meditando la respuesta, el turco continuó con su acto vendedor—: ¿No la sabe? ¡Yo se la digo! ¡Cuarenta pesos, se la cobra!

—¡Eeeuuh! —fue la exclamación de protesta de los dos jóvenes.

—¿Y si los compra a la tienda de centro de pueblo? —dijo, y sin dejar responder a los hermanos, agregó—: ¡Treinta pesos, se la cobra y se le ríen en la cara!

El turco volvió al carro, dejó las dos prendas apoyadas sobre el asiento de la carreta y se acercó a Rodolfo. Lo tomó del hombro y en tono paternal, dijo:

—Pero a vos, sañur mochacho, vos que me tratás bien y quiere comprar, vos que sos la Gary Cooper de acá, te voy a hacer una oferta especial. Camisa y pantalón veinte pesos.

—¡Los compro! —respondió Rodolfo aturdido por los elogios del turco y por su propio entusiasmo. Tenía buena plata que había ganado alambrando un campo con su hermano y su padre y le urgía gastarla.

—Pero... ¿ni siquiera te la vas a probar a la ropa? —le regañó Eugenio, que sabía que su hermano era un peligro cuando tenía los bolsillos llenos—. Además... ¿no te conviene comprar en la tienda que te dan a pagar

en dos o tres veces?

—¡Tiene razón sañur mochacho chico! ¡Hay que mejorar la oferta! —contraatacó el turco—. ¡Dos camisas y un pantalón a veinticinco pesos!

—Antes de gastarte la plata, mejor llámallo a papá a ver si necesita algo y de paso que te diga si te conviene comprar o no —aconsejó Eugenio, sin dejar que Rodolfo concretara la compra.

—¡Cuatro camisas y un pantalón, treinta y cinco pesos! —contraofertó el turco y levantando los brazos al cielo sollozó en voz alta—: ¡Ay, Dios mío, ayudame a no ser tan flojo, que yo va a salir de acá más pobre de lo que vino andando para acá!

—¡Pero sí, hombre! ¡Si es baratísimo, le compro! —se entusiasmó Rodolfo.

—¡Haceme caso y andá a buscar a papá antes de comprar! —volvió a protestar Eugenio.

—¡Seis camisas y un pantalón cuarenta pesos! —exclamó el turco con voz temblorosa y volvió a sollozar aplastando su sombrero al tomarse la cabeza—: ¡Pobre va a salir yo de acá, Dios mío! ¿Cómo va a hacer yo para...?

—Tenés razón —dijo Rodolfo con violencia—, andá a buscar a papá.

Eugenio miró a su hermano y al vendedor y obedeció la orden sin protestar, aunque se dio cuenta de que su hermano quería deshacerse de él.

Encontró a su padre en el corral, terminando de tesar las crines del caballo de andar. Le contó brevemente lo que estaba pasando en el frente

del rancho y regresaron caminando a la par. Rodolfo sostenía un abultado bolso de lona color crudo en el antebrazo y le estaba pagando al turco con un bollo de billetes. Eugenio e Ítalo escucharon decir al vendedor, que tenía una pequeña bolsa de arpillera en la mano:

—¡Felicitaciones por su gran compra, sañur mochacho, usté la sabe negociar! Yo guarda la platita en esta bolsita de yerba, para que no sepan ladrones —y guiñó un ojo.

—Esh ka'anak satamut ghdana —dijo Ítalo en voz alta.

—Wa'ahlum ka'anak satueish 'iilaa al'abad —respondió el turco. Miró con atención al hombre que venía con el muchacho y después de examinarlo seriamente, extendió los brazos al cielo. Luego se sacó el sombrero y tocándose la cabeza con la punta de los dedos, gritó con alegría—: ¡Mantuano!

—¡Nadim! —contestó Ítalo. Se acercaron y se abrazaron palmeándose las espaldas. Al abrazo siguió una seguidilla de palabras inentendibles cada uno usando su propio cocoliche. Rodolfo y Eugenio solo pudieron entender "tantos años", "cómo estás" y "se vive, se vive". Cuando terminó la ceremonia de reencuentro, Eugenio preguntó:

—¿Qué es ese saludo que se dijeron?

—No é un saluto —respondió su padre—, é un proverbio de lo Líbano: vive como si fueses a morir mañana...

—Sueña como si fueses a vivir para siempre —completó Nadim.

—Lo decíamo cuando éramo yóvene y recién llegábamo a l'américa.

—Era lindo pensar así... —dijo Nadim, nostálgico.

—¡Má! ¿Ya hiciste una venta? —preguntó Ítalo.

—Sí, acá a la Gary Cooper este, ya vendió yo bastante ropa.

—¡Gary Cooper! —repitió entre risas—. ¿Le vendiste bueno? —le volvió a preguntar, arqueando las cejas.

—Mirá, Mantuano, yo no sabía que la Gary Cooper hijo tuyo...

—Sí, é hico mío. ¡Má! Si hizo la compra, que se la arregle. Quiere ser hombre, va bene, que se la aguante.

El turco Nadim se encogió de hombros y sonrió.

—¿A vos qué te vendo, Mantuano?

—Mirá, necesito piedra de afilar plana para lo cochillo, navaja buena para afeitare, una pava de cinco litro, capá que una hacha... —dijo Ítalo.

—¡Ah! ¡Tengo lo mejor de la fabricación importada mundial para vos!

—Nadim...

El turco pudo venderles una pava, una piedra plana y tres jarros de loza. Lo demás no pasó el control de calidad de Ítalo, que observaba detenidamente cada artículo y regateaba el precio hasta que Nadim comenzaba a llorar. Rodolfo y Eugenio se limitaban a mirar cómo compraba su padre, sin intervenir, a menos que se les dirigiera la palabra.

Después de más de una hora de negociaciones, bromas privadas que Rodolfo y Eugenio no entendían y algunas lágrimas de nostalgia, Nadim e Ítalo se despidieron con otro abrazo. Al sol todavía le faltaba bajar bastante en el horizonte y el turco volvió al camino, anunciándose con el ruido

de sus cacharros colgando de la carreta. El caballo avanzó solo, mientras su dueño acomodaba la mercadería.

Una vez dentro del rancho, Rodolfo llamó a su padre entusiasmado:

—¡Venga, papá! ¡Venga a ver lo que compré!

Sacó los paquetes que había guardado en el bolso de lona (que también le había comprado al turco) y los puso arriba de la gran mesa de madera de la cocina. Eran seis sobres de celofán en la parte superior, y de papel madera en la inferior. A través del celofán se veían las pecheras de las camisas recién compradas. También había un pantalón azul marino doblado prolíjamente.

—Parecen finita questa camisa —comentó el padre, entrecerrando los ojos.

Rodolfo no podía contener la emoción y se apresuró a abrir uno de los sobres, rompiendo el celofán con torpeza. Su cara cambió de radiante alegría a oscura desolación.

—Questa non é una camisa —dijo Ítalo cruzándose de brazos y negando con la cabeza.

Solo había un rectángulo de tela y un recorte en forma de cuello sujetos con alfileres a un pedazo de cartón. Rodolfo rompió todos los sobres de celofán esperando encontrar al menos una camisa entera, pero su frustración no hizo más que aumentar.

—¿Per qué non te fijás también el pantalón? —sugirió el padre, con una mueca en la cara.

Rodolfo desplegó el pantalón y encontró que era solamente la mitad de un pantalón. Estaba doblado de manera tal que parecía entero.

—¡Turco hijuna gran puta! —maldijo Rodolfo, y su padre y Eugenio rompieron a reír.

Rodolfo, furioso, se refregaba las manos y negaba con la cabeza. Tomó el pantalón y lo arrojó contra el piso. El padre dejó de reírse un momento, se secó las lágrimas y le dijo seriamente.

—¿Usté quiere ser un hombre, o un mocoso? —Rodolfo lo miró fijamente, como no solía hacerlo—. Si quiere ser hombre vaya y arregle su problema como hombre. Busque turco y reclame.

—Pero es amigo suyo —dijo Rodolfo.

—Amistá conmigo no tiene nada que ver. Uno reclama lo que é yusto —sentenció el padre.

Rodolfo no lo pensó un instante. Metió las falsas prendas en el bolso de Iona, montó el caballo en pelo y salió al galope en busca del mercachifle.

Lo encontró bastante cerca, antes de que subiera a la ruta. Se le cruzó delante de la carreta haciéndolo parar de golpe. Fue el primer sobresalto del caballo del turco en varios años. Apenas lo vio, Nadim dijo:

—¡Sañur mochacho Gary Cooper! ¡Qué grandísima placer de verlo de nuevo otra vez de vuelta!

—¡Te voy a dar placer, yo, estafador! —le gritó Rodolfo tirándole el bolso con las prendas arriba de la carreta—. ¡Mirá las porquerías que me vendiste!

—¡Yo no entiende que quiere usted, sañur! ¡Todo ropa finísima de la Jarros de la Buenos Aires!

—¡Como jarro te voy a dejar la cabeza si no me devolvés la plata! —lo amenazó—. ¡Abrí el bolso y fijáte, dale!

Ante el gesto intimidante del muchacho, Nadim no tuvo más remedio que abrir el bolso y sacar uno de los esperpentos que simulaba ser una camisa. Cuando lo tuvo entre sus manos, pareció entrar en shock. Tomándose la cabeza y volviendo a arrugar su maltratado sombrero vociferó:

—¡No puede ser sañur Gary Cooper! ¡También estafaron a Nadim en la Jarros! ¡Yo compró de buena fe finísima camisa de primerísima categoría mundial de las uropas! ¡Me estafaron sañur mochacho! —Ahí mismo se bajó del carro y tomándole la pierna derecha a Rodolfo, que no había desmontado, siguió con su ruego, golpeándose el pecho y levantando una mano al cielo—: ¡Perdone a este pobre hombre estafado, sañur mochacho Gary Cooper! ¡Yo no sabía que mercadería era falsa! ¡La vergüenza caiga sobre mí y todo mi linaje, sañur mochacho! ¡Yo devuelve plata últimamente! ¡Yo devuelve plata y te regala esa porquería para que usted tire o haga lo que quiera!

Rodolfo no pudo contestar nada. Con un salto ágil, Nadim subió a la cajera, tomó la bolsita de yerba donde había guardado el dinero de Rodolfo y se la puso entre las manos, apretándoselas con fuerza.

—¡Lleva su plata, Sañur y olvida de este mal momento! ¡Recuerda que Nadim siempre honra la compra!

Rodolfo se quedó con el bolso lleno de recortes de tela y la bolsita de yerba en la mano, sin saber qué responder. El turco lo saludó con una reverencia deseándole suerte y un gran porvenir y reemprendió su marcha.

Rodolfo volvió al rancho al trote, con una rara mezcla de sentimientos. Por un lado, estaba orgulloso de haber recuperado lo suyo, le había parecido bastante fácil y, por otro, se sentía bastante tonto por haberse dejado engañar desde el primer momento. Pensaba que esa experiencia haría que nunca más lo volvieran a timar.

Llegó al rancho, desmontó y entró a la cocina.

—¿Cómo te fue? —le preguntó el padre, observando que tenía aún el bolso de la discordia.

—Bien —respondió Rodolfo—. Me devolvió la plata y me dejó los pedazos de camisa y el bolso de regalo.

—¿E la plata está toda? —volvió a preguntar Ítalo.

Rodolfo sacudió la bolsita de yerba y cayeron en la mesa varios bollos de papel madera. Abrió grandes los ojos y la boca. Eugenio y su padre volvieron a reírse.

—Por lo menos el bolso de lona nos va a venir bien —comentó Eugenio.

madre primeriza

Flavia Hein

I

Te sacan
de mi cuerpo
hablando
de temas banales
es *un niño*
dice un doctor
mientras corta
la hendidura
por donde nace
una madre
miro el reloj
para conocer
la hora exacta
la instrumentista
te acerca
nos miramos
mis manos
no saben

cortar correas
la enfermera
te prende
a mi pezón izquierdo
como coloca una cánula
sin pedir permiso.

II

En la cama
del hospital
te consumes
como tus venas
al suero
¿cuál será
tu último
recuerdo?



Poemas

Adrián Quinteros



Esto
es todo lo que somos
ni más ni menos que monstruos
iluminados por un extraño milagro
que aún no podemos comprender.

Ni la razón monolítica,
ni el Shiva descuartizado
por su vanidad.

Esto es todo lo que somos
ni más ni menos
que un monstruo iluminado
por la extraña luz
que resplandece
al observarnos.



Una legión de mariposas negras
copulan cegadas por la luz.

Es duro el aprendizaje de la observación,
la mente inventa a su antojo y deriva.

Dar en el blanco no es embriagar al mundo.

Dar en el blanco quizá sea evaporarse
ante la insistencia del músculo
dejarse henchir
por el suave aliento del hogar común.



Marialionza en la pampa húmeda¹

Lejos de toda forma
entramos a la ciénaga
donde las cortes bajan
clavando sus filos.

Entre cantos y lenguas
oímos el sonido de los tambores
que avanzan, trayendo la voz
y la llama de sus muertos,
el bálsamo del pueblo y el santo permiso
a la madre reina
perdemos señal, no hay retorno.
Y es ahí mismo donde la verdad
de cada uno se desnuda en la intemperie.

1 Marialionza es una deidad femenina, figura central del espiritismo Marialioncero, culto afrovenezolano.

Allí se ven las almas a plena luz
desatadas
en un limbo necesario.
Lloramos y balbuceamos
en la noche cerrada
mientras la leche tibia y el humo
del tabaco
hacían lo suyo.

Con el claro de luna surge el interrogante:

¿Dónde están nuestros ancianos?

¿Qué hemos hecho de nuestras madres?

¿Cuál es el terror que nos cierra al paisaje?



Un entrevero de moscas
corta el aire de la siesta.

Un desierto de plástico
crece, ahí, donde muere el carnaval.

Algo me dice que
los cuerpos de trance fueron confinados
por la siniestra diplomacia.

La ciudad es un entramado persuasivo,
solo quedan kioscos y farmacias,

ya no queda nadie en su elemento.

Los basurales crecen en un cuerpo que ya no celebra
solo hace lobby.

Nuestra mirada ha perdido el don de ir al hueso
solo divaga entre ofertas posibles.

Mil banderas nos amordazan, poniéndonos de rodillas
a la industria pesticida,
carne de cañón para el rédito del publicista.



Ya no queda nadie en su elemento
es este el fundamento de la ira dislocada

todos contra todos
en el gran supermercado de la singularidad.

Las alarmas están dejando de sonar
ya no hay tiempo de distracciones

es hora de darle la espalda al prestidigitador.



Mientras me hago esquirla,
adentro del ring
bailan los fantasmas.

Ahí donde me golpearon
devolví universos

abracadabra

nuestros labios besan
el fondo de la noche.

➤ Estos poemas pertenecen al libro *El grito labrado*,
editorial Mirador, 2020.



Encierro

Fabiana Armendi



Aún recuerda esa última tarde que salió a la calle. Era miércoles. Estaba segura. Porque los miércoles hacía yoga. Y después de esa tarde ya no hubo más encuentros.

La casa le parecía enorme. Recorría cada espacio como si lo pisara por primera vez (o por última). La sensación era la misma, día tras día: cansancio, asfixia, nostalgia. Se conformaba un poco sabiendo que no era la única. Era verdad ese dicho: "mal de muchos, consuelo de tontos".

Esperaba. Pero no con la esperanza relajada de alguien que sabe que algo bueno vendrá. Esperaba con sus últimos suspiros. Esperaba desesperanzada.

Tan dentro de ella misma estaba en esos días, que el golpe en la puerta de entrada le hizo correr un escalofrío. ¿Quién osaba salir a la calle? ¿Quién se animaba a ir en contra de lo que, se suponía, debía hacer?

Se encaminó hacia la entrada despacio, como si sus piernas necesitaran el impulso de una fuerza externa para moverse. Sus párpados le pesaban, se sentía como cuando se despertaba de una larga siesta.

Al abrir la puerta, sus ojos intentaron acomodarse a la claridad del día. No alcanzaba a ver con nitidez. Afuera todo seguía igual. Risas, chicos corriendo, amigos paseando, ruidos. El pequeño que había golpeado su puerta con la pelota pidió disculpas. Cerró dando un portazo. Bajó las persianas. Encendió la televisión. Todo había pasado. Estaba a salvo.

Algo le revolvió las tripas, una sensación de amargura, no sabía bien. Seguro fue el aire fresco que entró a su casa cuando tuvo que abrir la puerta. Por eso cerró con brusquedad. Porque ella ya había decidido quedarse adentro para siempre.



> Ilustración: Anabela Prado



lo inevitable

Macarena Correa

Las notas
del editor
son todas las
cosas que no te dije
cuando estaba
borracha
porque si bien
cuando estoy borracha
digo muchas cosas
hay otras que no digo
para no sangrar
después por la herida
me las guardo

pues las notas
las hace el editor
para aclarar
la frase que te quise
decir
que no era
lo que dije al otro día
que ya me dolía
la cabeza y
te pedía
que compraras por favor un alikal
o dos
por si tardaba
en cicatrizar
la herida por la
que sangro
cada vez
que me guardo
algo que quería decirte

Las notas del editor
re policía
aclarando

lo que no aclara
porque oscurece
metiendo bocado
un poco con carpa
diciendo
lo que no te dije
aunque
borracha
diga muchas cosas

Lo verdadero
lo pesado
lo verdadero
lo que rompería
el pavimento me
lo guardo
en el intestino
el alikal no es para
este dolor
¿qué me trajiste?
al final
el editor de mierda
que boqueaba cada tres oraciones
tenía razón

Hay que aclararte
todas las frases para
que no me traigas
una cosa por otra
para que no me digas
que no dije
que cuando me callo
me duele la panza

Y el alikal es para después
cuando sangro ya
por la herida
todo lo que dije
y no quería que
supieras
lo que se aclara
no siempre
oscurcece y en todo caso
la oscuridad
algunas veces
no es evitable

¿qué me trajiste?
re policía
que boquea
lo que no te quería
decir
lo que me guardo
para tirarlo
en otro lado
cuando esté borracha
y la oscuridad
me parezca
un lugar
a donde ir



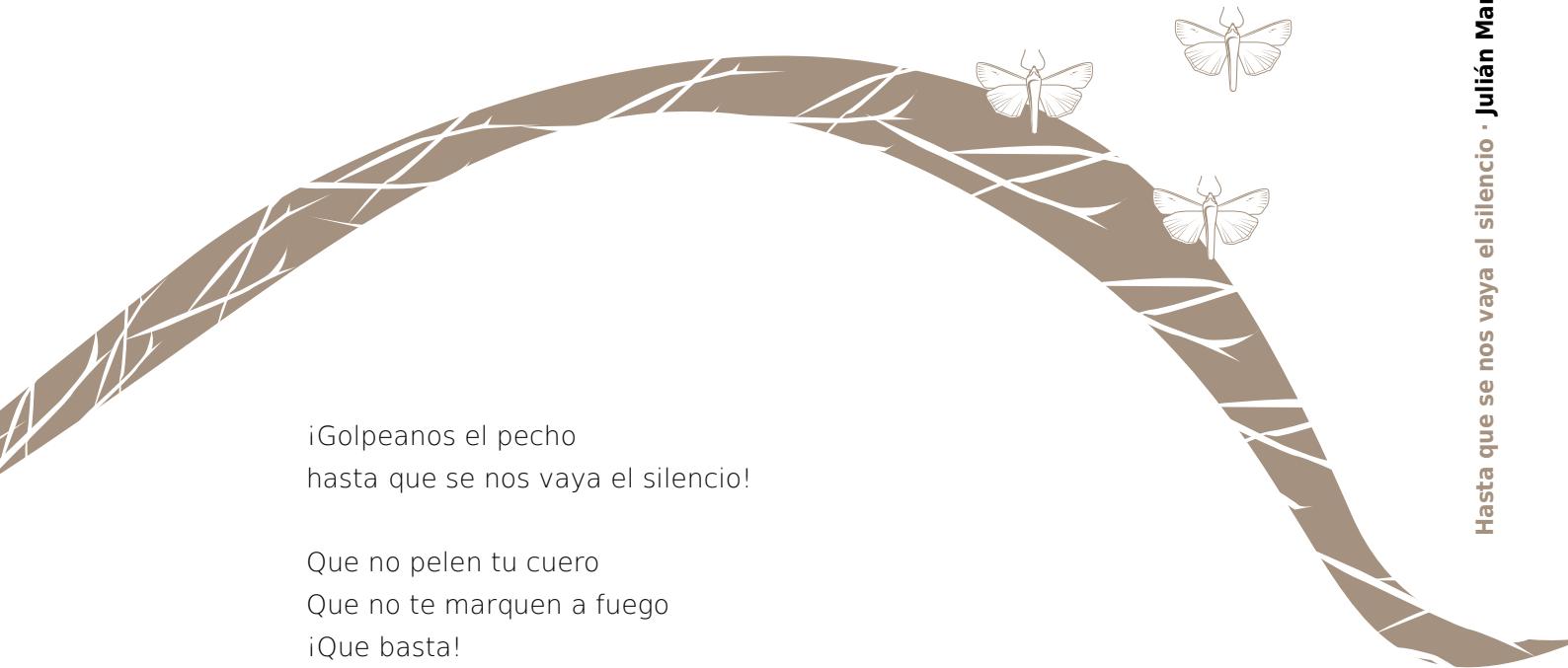
Hasta que se nos vaya el silencio

Julián Marocco

Como una bestia indomableaEnfurecida de vida
Así te quiero, Paraná.

Espejo viajero de escamas salvajes
No todos tus hijos te escuchan, Paraná.
No todos tus hijos.

Serpenteante diamante de barro
Que trine tu lengua juncosa
Que se escuche, Paraná.



¡Golpeanos el pecho
hasta que se nos vaya el silencio!

Que no pelen tu cuero
Que no te marquen a fuego
¡Que basta!
Que no es tuyo el infierno.

Que sea el hombre
Quien se curta, Paraná.
Que sea el hombre
Que se curta
Que apague su infierno.

Que no es tuyo, Paraná
No es tuyo su infierno.

Kisetsu: cuatro estaciones

› Facundo Martín Pallero



› Ilustración: Etel Motta

Kisetsu: cuatro estaciones (editorial Urbe Gráfica) consta de cuarenta y ocho haikus en español de Mariana Perata. Los poemas están ilustrados con *haigas* en tinta china de Etel Motta y acompañados por traducciones al japonés de Gerardo Murato. Además de reunir dos lenguas y dos disciplinas artísticas, esta obra supone un encuentro entre la tradición japonesa y el imaginario argentino.

Siguiendo el ciclo de las estaciones, cuya importancia aún perdura en la cultura japonesa¹, *Kisetsu* se divide en cuatro partes de doce haikus cada una. Los poemas, a su vez, marcan su posición en este ciclo a través de *kigo* o palabras estacionales. Muchas veces, las *kigo* son clásicas, aquellas que remitían originalmente a los paisajes de Kioto; por ejemplo, “mariposa” para la

primavera y “nieve” para el invierno. En otras ocasiones, son pájaros autóctonos de Argentina, como “benteveo” para el verano, o plantas ya establecidas en nuestra región, como “romero” para el otoño. Trasplantar el haiku a otra tierra puede dar nuevos frutos, pero primero implica asimilar las viejas raíces. *Kisetsu*, además de plasmar la geografía argentina en esta forma poética², nos acerca a las actitudes y a los recursos de los antiguos haikistas, a quienes rinde homenaje. Nos invita a concentrarnos en el instante presente, legado del budismo zen en el haiku. Nos muestra también la conjunción de dos imágenes concretas en la naturaleza, como el famoso poema del estanque y la rana de Basho; por ejemplo, “Cuelga una parra / y este sol la atraviesa / como bailando”.

1 Todavía existen festividades relacionadas con las estaciones. Un ejemplo es el Bon Odori, que se celebra siempre en verano (entre julio y agosto en Japón y en enero en Argentina). Además, el concepto de cuatro estaciones claramente definidas (*shiki*) está firmemente arraigado en la sensibilidad estética japonesa.

2 A través de nuevas *kigo*, términos que, en consonancia con la tradición colaborativa del haiku, pueden ser un punto de partida para el intercambio cultural. Un ejemplo es el proyecto *World Kigo Database*, una lista o *sajiki* que recopila nuevas *kigo* de todo el mundo.

A estas imágenes poéticas, *Kisetsu* yuxtapone imágenes visuales en el soporte de un libro físico. Su formato de hojas apaisadas presenta del lado derecho los *haigas*, que van desde el minimalismo zen con pinceladas acuareladas hasta dibujos más complejos con trazos duros de tinta. Su diseño es detallista: la colección reproduce fragmentos de las ilustraciones también del lado izquierdo, en la página donde se ubica el poema en español, y trae pegada una estampilla que es una versión en miniatura de la portada.

La mayoría de los *haigas* ilustran elementos figurativos explícitos en el haiku, como animales o vegetación. Al combinar escenas reminescentes de la provincia de Buenos Aires y un estilo ecléctico con influencias orientales, estas ilustraciones invitan a una nueva mirada sobre el entorno donde sitúan los poemas. Por otra parte, algunos *haigas* agregan elementos nuevos que resignifican los textos y sugie-

ren relecturas, como la figura de una mujer durmiendo en el siguiente poema: "A naftalina / huele toda mi ropa / en el invierno".

Junto con los *haigas* de la página derecha, *Kisetsu* incluye traducciones al japonés, cuyo sistema de escritura con ideogramas y dos silabarios representa otro atractivo estético. Quienes conozcan esta lengua podrán también apreciar las variaciones que surgen de toda traducción y, en particular, los cambios formales en el haiku respecto del español. Estos cambios abarcan la métrica y el corte entre imágenes yuxtapuestas (*kiru*), así como las "palabras cortantes" o *kireji*, con que a veces se marca este último.

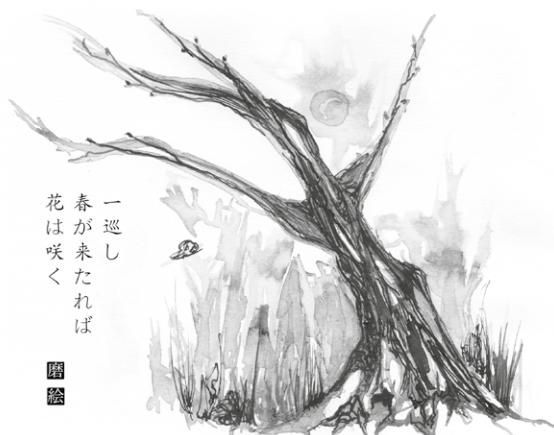
En cuanto a la métrica, *Kisetsu* sigue la estructura clásica de tres versos 5-7-5, que en español suma diecisiete sílabas y en japonés diecisiete *on*³. Aún más evidente en las traducciones de *Kisetsu* es la inversión en el orden de las imágenes del *kiru* que impone la gramática

3 Unidad fonética de la poesía japonesa. La palabra «Tōkyō», por ejemplo, tiene dos sílabas (tou-kyou) pero cuatro *on* (to-u-kyo-u).

del japonés⁴. Cuando entre las imágenes se marca una pausa (con la puntuación en español y con *kireji* en japonés), dicha pausa también tiende a cambiar de posición; por ejemplo, "Solo una flor / abrió esta primavera. / Nadie la vio." se detiene tras el segundo verso, mientras que la traducción al japonés lo hace tras el primero⁵.

Existe un último elemento formal en el haiku: las ya mencionadas *kigo*. Trasladarlas del español al japonés no siempre es una tarea fácil⁶, pero las traducciones de *Kisetsu* logran preservarlas en buena medida. Así como el último poema de la sección "Invierno" vuelve a la primavera, las traducciones abren

un nuevo ciclo al llevar las *kigo* rioplatenses a la lengua de Basho. Con sus encuentros entre artes, idiomas e imaginarios, *Kisetsu* también abre una puerta para que los hispanohablantes nos adentremos en el mundo del haiku.

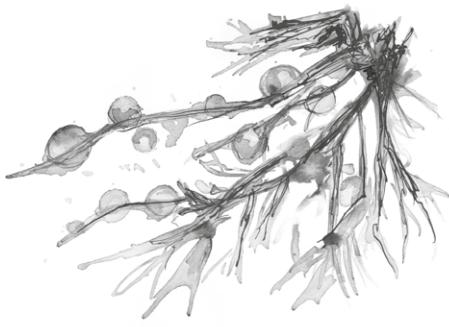


➤ Ilustración: Etel Motta

4 Por ejemplo, en la traducción de «Muere la menta / y sus tallos se parten / con las pisadas.», «*ふむ* 路みちむたびに かなしく 悲しく われる かれ みんと» (retrotraducción literal de la sintaxis: «Cada vez que pisas tristemente se rompe menta muerta»; sintaxis equivalente en español: «Menta muerta que se rompe tristemente cada vez que la pisas»).

5 «*ひと* しれず はる しらせる はな いちりん はな いちりん» (retrotraducción idiomática: «En secreto, una flor anuncia la primavera»; retrotraducción literal: «Sin saberlo la gente, una flor hace saber la primavera»). En este caso, la *kireji* es la partícula de negación «*zu*».

6 Por ejemplo, no existe en japonés una palabra coloquial para el benteveo (subgénero *Pitangus sulphuratus*, cuyo hábitat es América del Sur y Central) y se utiliza en la traducción un término que engloba a la familia de los tiránidos (cuyo hábitat es toda América).



Bailan desnudas
las ramas del otoño
en la llovizna.

Florecerá
inexorablemente
la primavera.



Biografías

Juliana Almaraz (San Nicolás, 1980). Vivió toda su vida en Villa Ramallo. Es profesora de Prácticas del Lenguaje y de Literatura, integrante del Movimiento Literario y Cultural Libélula y escritora amateur. Sus poemas reivindican la lucha de la mujer y el grito de los desposeídos.

Fabiana Armendi (San Pedro, 1971). Docente en una escuela rural. No hay recuerdo donde no esté rodeada de libros. De mayor empecé a involucrarme un poco más con el mundo de las letras y me animé a escribir historias cortas, relacionadas muchas de ellas con mi infancia repleta de abuelos y tardes de río. Creo que escribir es darle rienda suelta a las emociones. Disfruto inmensamente poder hacerlo.

Ana Barros (CABA, 1976) Desde 2013 vive en San Pedro. Ama la fotografía, la música, la literatura, el yoga y viajar. Graduada en Terapia Ocupacional, eligiendo la salud mental comunitaria y la equinoterapia. Mamá de Agustín de 6 años.

Zequé Bracco es dibujante, ilustrador y librero. Dennehylene/sampedrino. Papá (con Sofi) de Camilo. Aún no sabe si ser un zapatista del EZLN o un ninja de Brigada Cola.

Darío Churruarin (San Pedro, 2004). Dibujo desde que tengo memoria y siempre me gustó. Estudio en la Escuela Técnica n.º 1. Me considero una persona inquieta y creativa. Me gusta imaginar, soñar, crear y aprender cosas.

Macarena Correa (1986). Sampedrina, psicóloga, radialista, feminista y deportista. Fanática de la palabra. Estudió en CABA, donde incursio-

nó en talleres de arte y literatura. Formó parte de El fin del mundo radio show, y del colectivo La República, con los micros radiales Cursi, Dream team y Salvavidas. Vive en San Pedro y los hobbies se le han vuelto una necesidad.

Lautaro Giménez Lini (Viedma, 1986). Sus recuerdos se hacen más nítidos en El Bolsón, donde vivió hasta su adolescencia. Es Profesor de Letras por la Universidad Nacional de Río Negro. Participó en el Circo Kamikaze recitando poemas propios y de otros autores. Escribió guiones de cortometrajes, largometrajes y documentales y participó en ciclos radiales en emisoras comunitarias. Desde 2017 reside en España, donde se inició como director. La poesía es una constante de su exploración literaria durante todos estos años. En 2020 publicó varios poemas en la antología *Por senderos no pisados*, del Fondo Editorial Rionegrino.

David González (CABA, 1979). Vive en Viedma desde 1986. Publicó en revistas impresas y digitales de Latinoamérica, EEUU y España. Publicó la *plaquette de poesía 11* (ediciones de La Mariposa y La Iguana) en 2016, y en 2019, *40º 63º*, un poemario editado por Vela al Viento. Integra 11+ 4, un colectivo artístico de diversos lenguajes y Ojos de Perro, historias escritas a cuatro manos, con Laura Raiteri. Postales de relatos con ilustraciones del Chelo Candia. En 2021 publicó *Cuero de Puma* (ediciones Kuruf).

Luciano Guardia (43 años). Dibujante, profesor de Arte y de Literatura. Hace ilustración, cómics y animación. Estudió en la escuela de Arte de San Nicolás, en la UNR de Rosario, en la escuela de Garaycochea en Buenos Aires, y en talleres independientes. Vive tranquilo en

su ciudad natal con su compañera de viaje y sus dos hijos. Disfruta del arte, las historietas, la literatura y el cine cada vez que puede.

●
Flavia Hein (San Pedro, 1983). Profesora de Lengua y Literatura por vocación, mamá por elección, aprendiz del mundo teatral por admiración, poeta en construcción. En puertas de ser tallerista de experiencias creativas literarias.

●
Jorge Coqui López (San Pedro, 1967). Estudió dibujo y pintura con los maestros Fernando García Curten y Mariano Sapia, y escultura con Pedro Suñer y Carlos Ferrari. Realizó exposiciones en distintas ciudades de Argentina y España.

●
Julián Marocco (San Pedro, 1983). Músico y cantautor desde 2001. Formó y participó en diversas agrupaciones musicales. Desde hace cinco años integra la formación Musgo, de estilo folk-pop-rock, con la cual se encuentra trabajando en el lanzamiento de su primer álbum.

●
Etel Hilda Inés Motta comenzó a formarse en artes visuales con grandes maestros en el barrio de La Boca. Cursó los profesorados de Grabado, Pintura y Escultura en la EMBA Carlos Morel, de Quilmes, y luego se perfeccionó en el IUNA, en CABA, donde se recibió de Profesora Universitaria en Artes Visuales. Incursionó en la murga y participó en eventos y proyectos culturales. Su camino fluye entre el dictado de talleres y capacitaciones, y las muestras expositivas. Hoy la encontramos conectándonos con lo profundo y ancestral del haiga.

●
Juan José Oppizzi (San Isidro, 1957). Desde 1968 reside en Arrecifes. Es autor de veintidós libros publicados y diez inéditos. Su novela *Polabdores del témpano* ganó el Premio al Mejor Libro de Narrativa del año 2000, por parte de la SEP, que también lo consideró finalista para la Faja de Honor por la novela *In extremis* en

2018, por el libro de cuentos *Reverso* en 2019, y por la novela *La salida y el libro de cuentos Muy cerca* en 2021. Ese año obtuvo el Primer Premio de la Convocatoria Regional de Narrativa organizada por Milena Pergamino con la novela *Visita Guiada*.

●
Facundo Martín Pallero (La Plata, 1992). Traductor Público en Inglés (UNLP) y estudiante de Escritura Creativa en la UNTREF. Trabaja en el rubro de la traducción, practica japonés de forma esporádica y, en estos días, admira a George Saunders. Algunos de sus textos han aparecido en la revista literaria platense *Gambito de Papel* y su reseña sobre *In Your Words*, de Seymour Mayne, en la revista *Hermēneus*.

●
Mariana Paula Perata (Quilmes, 1969). Profesora Superior de Artes Visuales. Docente en escuelas públicas. Ama la narración, los textos infantiles, la poesía y los microrrelatos. La Secretaría de Políticas Socio-Educativas de Berazategui publicó su cuento "Toby, el niño al que le gustaba vestirse de rosa", ilustrado por estudiantes de la Escuela Primaria n.º 11. Participó en antologías de las editoriales Ediber y Niña Pez. Colaboró en el blog *Muchapalabrería*.

●
Aldana Pérez (Córdoba, 1982). Su adolescencia transcurrió en Bariloche. Estudió en la UNC, donde se recibió de Licenciada en Letras Modernas. Publicó el libro *La sombra de las coníferas* por la editorial cordobesa Antiplan.

●
Alexa Pettone (San Pedro, 1985). Primera patinadora trans avalada por la Confederación Argentina de Patín. Activista por los derechos de las personas travestis, trans, lesbianas, gay y no binaries.

●
Anabela Prado. Ilustradora y muchas cosas más. Anaberga es como mi alter ego o mi vía para decir cosas que no sé decir o para mos-

trar lados míos que no son muy dulces, porque como toda persona tengo mis "bergas". Este personaje fue transmutando a gato tan lentamente que no me di cuenta... En fin,ime encannnta el arte!

●
Adrián Quinteros (Campana, 1984). Desde 2003 vive en CABA. Desarrolla su actividad en los campos de la escritura, la música, el arte contemporáneo, la gestión cultural y la salud mental. Cultiva una obra heterodoxa y dinámica donde combina diferentes disciplinas artísticas con la práctica pedagógica y terapéutica, entendidas como un todo indivisible. Coordina el atelier y casa museo El blanco. Durante estos meses está presentando su segundo libro, *El Grito Labrado*, publicado por la editorial Mirador.

●
Leonel Ramallo (San Pedro, 1988). Tercera generación de mimbreros de la zona. Formó distintas bandas de rock y de folklore. También es profesor de Geografía. En la pandemia descubrió el placer de escribir y contar historias, aunque su verdadera pasión es Rosario Central.

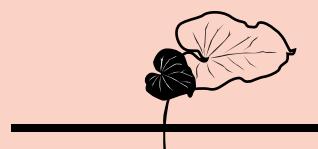
●
Sergio Andrés Ríos Aguilar (Santiago de Chile, 1985). Analista comercial de calidad. En 2014 se instaló en San Pedro, ciudad de la que estaba enamorado hacía años, donde comenzó a acercarse más a la fotografía, como aficionado. Es asistente ejecutivo de la Secretaría de Turismo y Cultura de San Pedro e instructor en el CFP UTHGRA San Pedro.

●
Karen Saucedo. "La fotografía para mí no es mirar, es sentir. Si no puedes sentir lo que estás mirando, entonces nunca lograrás que los demás sientan nada cuando miren tus fotos".

●
Flavio Tonelli (San Pedro, 1963). Sin preparación literaria, llevo escribiendo hace 40 años. He leído lo que cayó en mis manos, por el

mero placer de leer. Amo escribir y he tratado de aprender todo lo relacionado con el oficio que llevo en el alma. Publiqué los libros *Mundo mágico* (Nuevos Tiempos, 1997); *Realidad alterna* (Argenta, 2004) y *Crónicas de un viajero* (Dunken, 2015). Actualmente trabajo en tres novelas al mismo tiempo, sin decidirme a terminar una de ellas de una buena vez.

●
Susana Tosso (San Pedro, 1942). Realizó talleres de narrativa con Sylvia Iparraguirre y Abelardo Castillo, y de poesía con Arturo Carrera. En 1994, recibió el Tercer Premio Nacional de Poesía Fundación INCA por su libro *Destiempo*. En 1995, fue finalista y recibió una Mención Especial a libro inédito en el Certamen Internacional de Poesía de Medellín, Colombia. En 1995, recibió el Segundo Premio de Poesía del FNA, por su libro *Delgadísima Hebra*. En 1996-1997 recibió el Tercer Premio Municipal de Poesía a libro édito por *Delgadísima Hebra*. Publicó en las revistas *Prometeo* (Colombia), *Río* (México), *Itaca* (México), *La Balandra* (Argentina) y *Camote* (Argentina). Poemas suyos y de Rosaura García figuran en la obra *Las que me habitan* (danza y canto), de Valeria Pagola. Tiene cuatro libros inéditos. Dirige el Taller de las Artes de San Pedro y es directora adjunta de la Casa Museo Fernando García Curten, en San Pedro.





CΛMOTE sabe que nace en un mundo nombrado, que cada palabra cuenta, que cada coma dice, que cada punto cierra una idea o la dispara. Sabe que hay un premio en la dificultad; que dentro del texto, todo; que fuera del texto, nada.

CΛMOTE adora los blancos, los finales sorpresivos, lo ambiguo, las pinceladas atrevidas, lo bueno y breve, los intersticios, la línea inesperada, las texturas y los elefantes blancos.

CΛMOTE banca los intentos, la búsqueda implacable de una imagen verdadera, los borradores, las tachaduras, el esfuerzo denodado para encontrar el tono justo, la palabra inequívoca, esa y no otra.

CΛMOTE fusiona el lenguaje, lo aglutina, lo amontona, lo aglomera, el ojo de la foto con el árbol que se dibuja, el árbol que se dibuja con la arcilla, la arcilla con el poema, el poema con el trazo, el trazo con el teatro, el teatro con la pintura.

CΛMOTE se maneja mejor en los márgenes, en las orillas, en los pjonales, en zonas donde abunda la maleza; busca la sombra de un árbol, un mate galleta, un amigo; busca en la tierra abierta lo que no se vende, lo que fue descartado, lo olvidado.

CΛMOTE arriesga. Saldrá a buscar otras sensibilidades, otras formas de mirar, otras voces que pretendan llegar al hueso, apretar el lápiz sobre el papel sin tabúes, colorear sin censuras. Dará abrigo a esas historias, les hará lugar en medio del pasto crecido y entonces, quizás, tendremos algo que decir. De eso dependerá su vida.

CΛMOTE



CΛMOTE